



PASOS

"El justo como la palma florecerá"

Una publicación del Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI)

Consejo Editorial

Franz J. Hinkelammert

Pablo Richard

Maryse Brisson

José Duque

Elsa Tamez

Silvia Regina de Lima Silva

Wim Dierckxsens

Germán Gutiérrez

Colaboradores

•Hugo Assman •Luis Rivera Pagán • Frei Betto •Julio de Santa Ana • Jorge Pixley • Otto Maduro •Fernando Martínez Heredia • Leonardo Boff • José Francisco Gómez • Jung Mo Sung • Enrique Dussel • Pedro Casaldáliga • Giulio Girardi • Juan José Tamayo • Michel Beaudin • Raúl Fonet Betancourt •Maruja González • Georgina Meneses

Se autoriza la reproducción de los artículos contenidos en esta revista, siempre que se cite la fuente y se envíen dos ejemplares de la reproducción.

Contenido

- La Argentina neoliberal
Rubén R. Dri
- Setenta y cinco años de ecumenismo en América Latina
Luis E. Odell
- ¿Qué socialdemocracia es viable? La agenda latinoamericana de hoy y mañana
Nils Castro
- Documento del Primer Encuentro Latinoamericano de Editoriales Cristianas

EDITORIAL DEI

Departamento Ecuménico de Investigaciones
Apartado Postal 390-2070 Sabanilla
San José, Costa Rica
Teléfonos (506)253-0229 253-9124

La Argentina neoliberal

Rubén R. Dri

El 14 de mayo último, tuvieron lugar las elecciones generales para elegir al nuevo presidente y renovar gran parte de las cámaras legislativas. Como es sabido, ganó el peronismo en su versión menemista por el 47% de los votos, lo que le da la mayoría absoluta en ambas cámaras. Carlos Ménem como presidente electo, debía haber asumido en diciembre próximo. pero el traspaso de mando se adelantó al 8 de julio por la pérdida de credibilidad del gobierno de Raúl Alfonsín. Las medidas que inmediatamente comenzó a tomar Ménem, causaron sorpresa a la mayoría. ¿Qué está sucediendo en verdad en la Argentina? En este breve análisis trataré de responder a esta pregunta.

La Argentina ya no es un Estado

Hegel, a finales del siglo pasado, se debatía con la realidad de su Alemania, destrozada por el tratado de Westfalia (1645) que la había dividido en más de 200 pequeños Estados, regidos por reyezuelos que se manejaban de manera absolutista. Alemania estaba fraccionada, tiranizada y en interminables luchas internas. Todo ello quedaba sintetizado en la dolorosa frase: "Alemania ya no es un Estado".

Lo mismo podemos decir hoy de la Argentina: "Ya no es un Estado". Está plenamente en manos de las transnacionales. Una de ellas --- Bunge y Born - se ha apoderado del Ministerio de Economía, y los legisladores se apresuran a aprobar las leyes mandadas por el Ejecutivo para que se pueda proceder a una verdadera orgía de privatizaciones. El Estado está en remate.

La Argentina del año 2000, para hablar de una fecha clave que suele ser siempre un punto de referencia, ya está entre nosotros. Vuelve a ser la Argentina de 1890, la colonia exportadora, en una nueva etapa que ha sido preparada y realizada mediante tres mecanismos fundamentales:

- a. *La deuda externa.* Esta ha sido la manera como se ha logrado la plena reconversión del capital que requería la etapa. Verdadero

mecanismo político que, desde 1976, drenó riquezas a raudales, cambiándolas de manos y reconcentrándolas como nunca se había visto.

- b. *El dolarazo.* A partir de febrero de este año, se produce una verdadera estampida del dólar que se larga a una carrera desenfrenada, destruyendo todo a su paso. Su verdadero significado es el de acelerar y culminar el traspaso de la riqueza y el poder al bloque hegemónico. Se produce en pleno proceso electoral, minando definitivamente las escasas posibilidades del candidato oficialista --- Eduardo Angeloz - y catapultando a la primera oposición, el peronismo, que llevaba como candidato a Ménem.
- c. *La legitimación.* Todo este gigantesco proceso que dibujaba una nueva Argentina, hasta ahora desconocida, una Argentina para pocos, con millones de seres que quedaban al margen del aparato productivo, sólo podía ser legitimado de una manera: por el apoyo del peronismo, por ser el movimiento popular más importante de los últimos tiempos. De allí que se desate el dolarazo sin piedad en momentos de la campaña electoral. Con ello el voto al peronismo estaba asegurado, pero además, se le advertía a Ménem claramente cuáles eran las reglas del Juego, quién detentaba el verdadero poder en la Argentina.

La dictadura y Martínez de Hoz

Para poder entender esta nueva realidad que está viviendo la Argentina, es necesario retrotraer el análisis al momento de la dictadura militar genocida del General Rafael Videla (1976-1983), momento clave del proyecto de país que en estos momentos se está "abrochando" con las leyes de "Reforma del Estado" que se están aprobando en el Congreso.

En la década de los noventa del siglo pasado, se perfila el proyecto de país colonial agroexportador que nos convirtió en "el granero del mundo". Era la época de la "colonia próspera" en las márgenes del imperio británico. El "bloque dominante" retenía en sus manos, perfectamente conjuntados, el poder económico y el poder político. La oligarquía dominaba a sus anchas sin ningún tipo de cuestionamiento serio, disponiendo de tierras feraces --- la célebre "Pampa húmeda"- y de mano de obra barata, proporcionada tanto por los descendientes de los "criollos", que habían sido derrotados en las llamadas "guerras civiles", como por los "inmigrantes" europeos, desalojados de Europa por la honda expansiva del capitalismo.

Pero las nuevas generaciones, es decir, los hijos de los inmigrantes, vinieron a turbar la paz de que hasta ese momento gozaba de manera imperturbable el bloque hegemónico oligárquico. Efectivamente, estas generaciones comienzan a luchar por su participación política. Es así como surge el primer movimiento popular y nacional de la Argentina moderna, el "yrigoyenismo" o "radicalismo", que pugna por una reforma política que permita la plena participación de los nuevos sectores sociales. En 1916 este movimiento llega al gobierno, rompiendo por primera vez la perfecta conjunción de los poderes económico y político. Este, asumido por el yrigoyenismo, entra en contradicción con el poder económico, en manos de la oligarquía.

Desde ese momento, cuando el dominio económico de la oligarquía no encuentra una expresión política plenamente consecuente, entra en la escena política un nuevo actor, el ejército, que pasa a ocupar el lugar del partido político. Es decir, en lugar del partido político la oligarquía comenzará ahora a utilizar directamente al ejército, cuando juzga que sus intereses no están convenientemente salvaguardados por el partido político gobernante.

Desde entonces se suceden dictaduras militares, gobiernos civiles frustrados, nuevo movimiento popular --- el peronismo, a partir de 1945- .enunciélo parecido al mito del "eterno retorno". El peronismo surge en 1945, como resultado del proceso de industrialización y el consecuente crecimiento de una burguesía industrial interesada en el mercado interno, en contraposición a la

oligarquía agroexportadora, y de una clase obrera ávida de conquistas sociales.

El yrigoyenismo, primero, y el peronismo, después, significaron una cuña metida en el seno del bloque dominante. Sin cuestionar nunca el sistema capitalista, en cierta manera fracturaron al bloque dominante, desvinculando el poder político del económico. La oligarquía terrateniente no logra armar un aparato político que lo represente en la escena política; recurre entonces al ejército, que pasa a ser su verdadero partido político.

La dictadura iniciada en 1976 no constituyó simplemente una reedición de las anteriores. Tenía por finalidad realizar el nuevo modelo de acumulación que para la Argentina habían delineado las transnacionales, para transitar la etapa de crisis del capitalismo mundial que ya se había abierto. Se debía destruir el aparato productivo anterior para poner en funcionamiento uno nuevo, consistente en algunas industrias selectivas, dirigidas a la exportación. Debía morir definitivamente toda industria que mirase al mercado interno. La verdadera orgía especulativa que motoriza Alfredo Martínez de Hoz como ministro de economía, tiene como finalidad fundamental una verdadera licuación de los capitales para realizar su necesario traspaso.

La deuda externa, que en pocos años pasa de menos de cinco mil millones de dólares a 45.000 millones, se convierte en el instrumento fundamental del traspaso de capitales. Cuando ese gigantesco traspaso haya llegado a su plenitud --- y en estos momentos estamos cerca de ello -, no habrá ningún problema en su condonación. No habrá nada más que pagar, porque todo habrá sido entregado.

A fines de 1983, la dictadura militar se ve obligada a entregar el gobierno. El empobrecimiento a que había llevado a los sectores populares, la destrucción del aparato productivo, las horrendas violaciones a los derechos humanos que habían provocado protestas de los organismos internacionales de derechos humanos y el desastre en que culminó la irresponsable "aventura" de las Malvinas, obligaron a las Fuerzas Armadas a dejar la escena política. Por otra parte, ya no eran necesarias en ese lugar para las transnacionales, que habían logrado realizar los cambios sustanciales en la economía. De ahora en adelante, ésta impondría

sus férreas leyes a la sociedad. Ya podía la "democracia" entrar a la escena política.

El alfonsinismo

Producidas las elecciones, Raúl Alfonsín, candidato por la Unión Cívica Radical, es ungido presidente con el 52% de los votos. Es evidente que los sectores medios lo votaron masivamente, pero también fueron abundantes los votos de los sectores más populares, entre ellos, los de los obreros.

La dictadura militar había significado un verdadero "Terrorismo de Estado" que no sólo había causado un genocidio con sus 30.000 "detenidos-desaparecidos", sino también había multiplicado las medidas represivas sobre la población, de modo que las reclamaciones por las libertades políticas y civiles y por los más elementales derechos humanos, pasaban al primer plano. En este sentido es Alfonsín el que, en el sentir de la mayoría de la población, encarna estos reclamos. De allí la masividad del apoyo obtenido, pero también la impronta que imprimirá a su gobierno.

Efectivamente, Alfonsín concibe la verdadera legitimación de su gobierno en la defensa de la democracia, como espacio en el que se salvaguardan los reclamos esenciales de la sociedad en contra del autoritarismo impuesto por la dictadura militar. Ello lo llevó a un cierto *reduccionismo político*, como si lo político constituyese un espacio independiente de lo económico. Sus intelectuales orgánicos se preocupaban de "pensar la democracia", pensar lo político que parecía flotar en el aire, a semejanza del reino de las ideas platónicas.

En la línea de la defensa de la democracia como espacio en el que se salvaguardan los derechos humanos en general, ordena el procesamiento de las Juntas Militares que perpetraron el genocidio. Esta loable medida pronto revelaría sus límites. En efecto, los militares son condenados --- eso ya significa un verdadero logro político -, pero lo son a penas sumamente leves, y poco después la ofensiva de la corporación militar hace retroceder al alfonsinismo hasta conceder las ignominiosas leyes de "Punto Final", en primer lugar, y de "Obediencia

debida", después, mediante las cuales la absoluta mayoría de los militares procesados por horribles crímenes quedaban automáticamente en libertad.

La política de defensa de las libertades democráticas que el gobierno de Alfonsín transformó en su bandera fundamental --- en realidad la única que legitimaba su gobierno -, volcó en contra suya a dos fuertes corporaciones: la corporación eclesiástica y la militar. Efectivamente, *la Iglesia* se sintió agredida por lo que entendía como demasiada libertad en los medios de comunicación masivos y en la prensa, desde donde se sentía agredida por una supuesta campaña de inmoralidad. Desde los ámbitos eclesiásticos a la democracia se le solía denominar como la "democracia pornográfica". La sanción de la ley del "divorcio", vino a enturbiar todavía más las aguas.

Los militares, a su vez, a pesar de las leyes anteriormente citadas que los favorecían a todas luces, no podían perdonarle al gobierno de Alfonsín el haber sentado a sus generales en el banquillo de los acusados y el haber permitido la publicación del libro de la *CONADEP* --- Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas -, en el que se narran horribles crímenes de la dictadura militar.

A este juego de pinzas realizado por las corporaciones militar y eclesiástica, se une el embate fundamental por parte de las *Corporaciones Empresarios*. En realidad, éstas hicieron su negocio con el gobierno de Alfonsín. Es decir, continuaron con el negocio puesto en marcha por Martínez de Hoz durante la dictadura militar. Se completó el perfil de las *industrias exportadoras* y se asentó definitivamente el dominio de la banca extranjera. Pero faltaba algo: el desmantelamiento del Estado, el traspaso de todas las industrias rentables al sector privado, o sea a las transnacionales, y la imposición definitiva de las leyes del mercado, sin trabas por parte del Estado. Para esto ya Alfonsín, y en general el radicalismo, no servía, porque había perdido el consenso popular con el que había subido.

Al embate de estas tres corporaciones todavía hay que sumarle el de la CGT --- Confederación General del Trabajo- liderada por Saúl Ubaldini, la que si bien debilitada, debido a la gran destrucción de la industria que realizó la dictadura militar, con el consecuente achicamiento de la clase obrera, encabezó sin embargo una dura lucha en contra de

la política económica del gobierno. En los 5 años y medio de gestión de Alfonsín, la CGT organizó 13 paros generales.

Los gremios, por su parte, realizaron numerosas huelgas. Los sectores medios, en general, se sintieron defraudados y también reaccionaron en contra, lo mismo que los organismos de derechos humanos, que vieron cómo las expectativas depositadas en el gobierno de Alfonsín se quedaban a mitad de camino, cuando no se vieron definitivamente traicionadas.

De esta forma, Alfonsín prácticamente se convirtió en el enemigo principal incluso de los intelectuales progresistas y de diversos organismos de derechos humanos que no podían perdonarle medidas como las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final, y en general el haber cedido tanto a las presiones militares. El había tenido la posibilidad, en momentos claves de su gestión, de cambiar de política, sobre todo al principio de su gobierno, cuando sube con el 52% de los votos, y cuando se produce la sublevación del Teniente Coronel Aldo Rico --- uno de los jefes de los "carapintadas"-, pues allí recibe el apoyo masivo de la ciudadanía. Su decisión de ser el defensor de la "democracia", como si ésta flotase en las nubes y se pudiese defender cediendo ante las presiones de sus enemigos, lo desprotegió. El "dolarazo" que le aplicaron las transnacionales empresarias se llevó todo por delante, y Alfonsín tuvo que entregar el gobierno antes de cumplir su mandato constitucional.

La interna peronista

Para poder entender nuestro presente político, dominado en la escena política --- no en el poder--- por la presencia del presidente Ménem, el candidato triunfante del Partido Justicialista --peronista--, es necesario remontarse a setiembre de 1988, cuando se producen las elecciones internas en el peronismo para definir la candidatura presidencial. En esas internas triunfa el binomio Ménem-Duhalde, sobre Cafiero-De la Sota.

El triunfo de Ménem significa nada más y nada menos que *el triunfo de la derecha* en el seno del peronismo. Allí ya podía verse en trazos gruesos lo

que vendría después. Si en ese momento se hubiese hecho una lectura política más o menos correcta de lo sucedido, no habrían sido tan grandes las sorpresas que se llevaron diversos sectores de la sociedad con las movidas políticas realizadas por el actual gobierno de Ménem, que significan la implantación del neoliberalismo con los tintes fascistoides que siempre caracterizaron a la derecha peronista.

Pero, con el triunfo de Ménem en las citadas internas, comenzaron las lecturas y relecturas a que nos tienen acostumbrados los intelectuales populares, populistas y progresistas, cuando del peronismo se trata. Entre esas lecturas, cito algunas por demás significativas:

"No ganó la derecha, ganó Ménem". Esto es típico. El peronismo no era propiamente un movimiento político, sino Juan Domingo Perón. La figura "carismática" del líder era la que, flotando por sobre todos los conflictos de clases, resolvía todos los problemas.

"A Ménem se lo quiere entornar"; "Los que lo rodean y pretenden el poder". Lo mismo que pasaba con Perón. Resulta que José López Rega, el fundador de las Tres A, quería entornar a Perón. Nadie sabía cómo López Rega, mano derecha de Perón y de Isabelita, había conseguido tanto poder. No se podía analizar que un político elige sus amistades políticas de acuerdo a proyectos. Si Perón tenía al lado a López Rega y le concedía tanto poder, era porque era funcional a su proyecto político. Este tipo de análisis volvió a repetirse con Ménem.

"A Ménem no le quedaba otra alternativa". Esa era la "realidad". Surge la mítica categoría de la "realidad". En el peronismo parece que cuando uno pronuncia la palabra "realidad", ésta hizo su aparición, manifestándose con absoluta claridad, como si la realidad fuese una piedra o un tronco, es decir, *un factum* o hecho desnudo, libre de significados contrapuestos, y no un complejo de prácticas político-sociales entrecruzadas que admiten diversas y contrapuestas lecturas. El origen de este mito está en la frase de Perón: "la única verdad es la realidad". Y es así cómo, para justificar la entrega del Ministerio de Economía --- nada menos--- a la transnacional "Bunge y Born", peronistas otrora progresistas y revolucionarios,

acuden hoy al dogma de que "Bunge y Born" es una realidad. Como Antonio Cafiero había llevado consigo a la mayor parte del peronismo progresista, a Ménem sólo le había quedado la parte reaccionaria. Esa era la realidad.

Pero, sobre todo, se recurrió al dogma indiscutido: "El pueblo no se equivoca", y como éste en la interna peronista votó por Ménem, allí estaba la verdad. Esa afirmación es de clara estirpe metafísica. Supone un pueblo mítico, inexistente, ; como una verdadera categoría metafísica, dotado de un órgano que es infalible en la captación de la verdad. En realidad, el pueblo ni se equivoca, ni tiene la verdad. Ambas afirmaciones son de cuño metafísico. El pueblo elige entre las únicas alternativas que se le ofrecen, y frente a las cuales se encuentra totalmente condicionado. Muchas veces, por escapar a un mal conocido, cae en un mal peor. Shumpeter decía que al pueblo sólo se le ofrece la alternativa de elegir entre quiénes lo van a mandar, o mejor, a oprimir.

En el triunfo de Ménem en la interna peronista aparece la figura del "pastor religioso", dotado de "carisma", capaz de realizar el "milagro" de la resurrección del peronismo y, con él, la resurrección del país. Ménem se presentó como enviado por Dios para salvar al peronismo. En sus alocuciones políticas recurría constantemente a pasajes bíblicos. En la asunción del mando, repitió una frase que se había hecho común en la campaña electoral: "Argentina, levántate y anda", para-fraseando la frase que el evangelista Juan pone en boca de Jesús: "Lázaro, levántate y anda". La Argentina, tocada por el carisma milagroso de Ménem se levantaría de su postración y se pondría a caminar. En su campaña, Ménem volvió a definir al peronismo como un sentimiento, una mística.

En efecto, con el triunfo de Ménem resucitaron los muertos. Hombres ya finados políticamente como el siniestro Rousselot, vocero de López Rega en tiempos de las Tres A; burócratas sindicales que siempre habían traicionado las luchas obreras, como Triaca, volvieron a presentarse en público del brazo de Ménem, quien, por otra parte, mandó claras señales a las corporaciones eclesiástica y militar de que la hora de la revancha estaba cercana.

Campaña electoral y dolarazo

Ménem supo adaptarse a las necesidades de la campaña electoral y cambiar de discurso, según se tratase de la interna contra Cafiero o de la campaña presidencial contra Eduardo Angeloz, el candidato radical. A Cafiero le ganó levantando la bandera de la "moratoria" (sic) de la deuda externa; prometiendo un salarizado (sic) que se hizo famoso; acusando al radicalismo de "desmalvinizar" (sic) el país y amenazando (sic) a los ingleses "piratas del mundo"; y acusando al cafierismo de "socialdemocratismo", y como tal, de desnaturalización del peronismo.

Para las elecciones presidenciales, ya como candidato del peronismo, su campaña se basó en poderosos símbolos de carácter religioso, levantando la bandera de la esperanza. En lugar de utilizar preponderantemente la televisión, imitó las peregrinaciones religiosas montando un "Menemóvil", a semejanza del "Papamóvil", y recorriendo el país en una prolongada "marcha de la esperanza" que culminaría con la llegada a Buenos Aires, recibido con una profusión de carteles que presentaban su figura sonriente y un sol apareciendo en el horizonte, con la simple expresión: "Llega".

Mientras el menemismo levantaba de esa manera la figura de Ménem como la de un salvador religioso, un verdadero Mesías, las transnacionales desatan el "dolarazo" cuya culpa cae exclusivamente sobre las espaldas del partido gobernante, quitando a su candidato -Angeloz- absolutamente todo chance de ganar las elecciones. Es necesario aclarar que el proyecto de Angeloz no difería del de Ménem, como el de éste no difería del de Alvaro Alsogaray.

Es decir, las tres fuerzas políticas fundamentales que confrontaban en estas elecciones, la UCD --- Unión de Centro Democrático- o neoliberales; la UCR --- Unión Cívica Radical- y el PJ --- Partido Justicialista -, de hecho tenían el mismo programa neoliberal, con las diferencias siguientes: La UCD; que contaba con el proyecto más claramente fundamentado, no tenía posibilidades de ganar las elecciones; la UCR ya no podía ofrecer garantías al gran capital, debido al desgaste del gobierno de Alfonsín; el peronismo era el único que podía ofrecer una base popular al proyecto neoliberal. El

"dolarazo" vino a terminar de inclinar la balanza a su favor, en forma apreciable.

La campaña del menemismo fue lo suficientemente ambigua, como para que sus verdaderas intenciones quedasen ocultas para amplios sectores de la población. Sin embargo, para una mirada más atenta a lo político, los guiños de Ménem a los integrantes de la UCD habían sido más que suficientes para revelar sus verdaderas intenciones.

Justificaciones del voto a Ménem

Pareto dice que los hombres son "irrazonables razonadores", es decir, que obran irracionalmente, por motivos que surgen de sus sentimientos, intereses, tabúes, etc., pero que muestran una enorme capacidad para luego justificar o pretender hacer razonable lo que fue meramente irracional. Algo de razón hay en esto. Descartando la enorme base social que le dio su voto a Ménem, los marginados de este proceso, los mismos que van a pedir trabajo a San Cayetano o peregrinan hasta algún santuario o casa donde la Virgen María se ha puesto a llorar, y en general los trabajadores, gran parte de los intelectuales de clase media utilizaron distintos argumentos para tratar de justificar lo injustificable.

"Romper el proyecto del proceso". El proyecto de Angeloz --- descartando a Alsogaray que no podía triunfar- aparecía como el continuador del proyecto de Martínez de Hoz, mientras que el de Ménem --- vaya a saber por qué- aparecía como el adversario del mismo. Se transfería mecánicamente el papel jugado siempre por los movimientos populares frente al proyecto de dominación, el de cuestionar, no permitir su consolidación, aunque sin ofrecer una verdadera propuesta alternativa.

"La base social". Argumento abundantemente exhibido. Si el pueblo lo vota a Ménem hay que acompañar al pueblo. Es preferible equivocarse con el pueblo a equivocarse solo. O, la base social exigirá el cumplimiento de lo prometido. Ménem entrará pronto en contradicción con su base social.

"En dos años, Ménem pudre todo". Aunque parezca mentira, también este argumento fue exhibido. Se pensaba que la "imprevisibilidad" de

Ménem llevaría a tomar medidas a favor del pueblo que provocarían la reacción del gran capital y una especie de insurrección popular.

"No es confiable al imperio". El Ménem imprevisible no podía ser confiable al imperio, como sí lo eran Alsogaray y Angeloz. Ni siquiera el "dolarazo" desatado, que dañaba ostensiblemente las posibilidades electorales de Angeloz, fue suficiente para mostrar la falacia de este razonamiento.

Finalmente, el argumento siempre presente; no siempre o raramente formulado con claridad, pero de cualquier manera presente: "el pueblo no se equivoca", y era evidente que el pueblo iba a votar masivamente por Ménem, la Esperanza. El pueblo, los millones de marginados que hoy hay en Argentina, esperan el milagro, no importa si éste proviene de San Cayetano, la Virgen María o San Ménem.

Estos razonamientos muestran hasta dónde ha penetrado la irracionalidad en nuestro comportamiento político. Tenemos brillantes analistas políticos y economistas que, o dieron su apoyo a Ménem mediante solicitudes, o le dieron su voto, y hoy nos demuestran hasta dónde nos llevará el proyecto de destrucción que lidera Ménem. Ello es enormemente preocupante.

La Argentina del año 2.000

Desde que Perón dijo que "el año 2.000 nos encontrará unidos o dominados", el tema del año 2.000, unido a la situación nacional, es recurrente en las conversaciones políticas peronistas. Estamos a las puertas del año 2.000. Ya podemos entrever cómo nos encontrará: "dominados". La Argentina del año 2.000 será la Argentina de las transnacionales. La entrega de la Argentina se está terminando de realizar en estos días. Todos sus resortes económicos, políticos e ideológicos, están terminando de pasar a manos transnacionales.

El poder económico, ahora como nunca se ha transnacionalizado. El mismo Ministerio de Economía ya pertenece a una transnacional, a Bunge y Born, la empresa cerealera que controla toda la producción cereal del país. Está en marcha un rabioso plan de privatizaciones. Todas las ramas

rentables de las empresas estatales pasan a manos privadas, o mejor, a manos de los grandes monopolios, los únicos que las pueden comprar.

El poder político, casi sin mediación de los partidos políticos, está en las manos de los que detentan el poder económico. Bunge y Born tiene el Ministerio de Economía; Triaca, el sindicalista de las patronales, está en el Ministerio de Trabajo; Amalia Fortabat, la del monopolio del cemento, es embajadora itinerante; Alsogaray, el candidato neoliberal, es asesor presidencial para el tratamiento de la deuda externa...

Legitimación ideológico-política. Se la dio el voto masivo. Las leyes están saliendo con una celeridad desacostumbrada en estas tierras. Saben las clases dominantes que lo que no consigan hacer ahora, no lo conseguirán más tarde. porque el apoyo al gobierno de Ménem sufrirá un profundo e irremediable desgaste.

¿Qué quedó, pues, de las banderas levantadas en la interna peronista contra el caferismo y en la campaña electoral contra el radicalismo? Veamos. No sólo no se habla más de la "moratoria" de la deuda externa o de los diez años "de gracia" que Ménem iba a conseguir, sino que se acusa al radicalismo de no haber cumplido en el último año y medio con los pagos de los intereses de la deuda externa, y el asesor presidencial en el tema, Alvaro Alsogaray, afirmó por televisión que la deuda externa es "un compromiso de honor"; del "salariazó", ya sólo se habla en forma de chistes, pues en lugar del mismo vino el "tarifazo" con aumentos espeluznantes; en el tema de las "Malvinas", ya se le pidió a los ingleses entrar a hablar, - sin plantear el problema de la soberanía.

Argentina ha entrado pues de lleno en la etapa neoliberal. Naturalmente, no puede ser sin resistencias y contradicciones. Ya han empezado a manifestarse. Por ahora no se ve una fuerza popular capaz de oponerse eficazmente a la política que velozmente se está implementando, pero no está dicha la última palabra. Las perspectivas no son buenas. Son más bien sombrías, como puede verse por el análisis esbozado. Sin embargo, ya se sabe, los pueblos suelen mostrar toda su fuerza en los momentos más impensados. Por el momento las perspectivas, desde el campo popular, son las de un

trabajo lento, de concientización y organización de largo aliento y mirando a toda Latinoamérica.

Setenta y cinco años de ecumenismo en América Latina

1913-1988

Luis E. Odell

Para comprender bien el desarrollo de la causa de la unidad cristiana en América Latina, debemos remontarnos a la célebre conferencia misionera de Edinburgo de 1910, la cual, como es bien notorio, no tomó en consideración al continente latinoamericano por entender que el mismo no constituía un campo misionero propiamente dicho, en virtud del profundo arraigo del catolicismo vigente en la región.-

Felizmente, esa decisión negativa desde el punto de vista humano, por la gracia de Dios y en manos de El se convirtió en un acontecimiento positivo. En efecto, un grupo de participantes en dicha conferencia, principalmente de los Estados Unidos de América, conscientes del desafío que presentaba la evangelización de los pueblos latinoamericanos, decidió constituirse en comisión extraoficial a fin de estudiar la situación, necesidades y posibilidades de la obra de Cristo en esta extensa parte del mundo.

Como resultado del trabajo de ese grupo, en 1913 tuvo lugar en Nueva York una conferencia destinada a preparar un congreso de carácter panamericano, en el cual se consideraría toda la situación y la estrategia futura aconsejable. Esta iniciativa contó con el decidido apoyo de las juntas misioneras que tenían obra en América Latina, y así fue posible tener dicho encuentro en Panamá en el año 1916.

Este congreso fue en realidad una reunión de delegados de esas juntas misioneras, ya que sobre un total de 230 participantes, sólo un 10% eran latinoamericanos. El mismo sirvió para dar a las iglesias de Occidente una clara visión del grandioso porvenir de la obra cristiana evangélica en esta gran región, visión que el panorama que ofrece el desarrollo alcanzado por la misma revela que no fue exagerada.

Una consecuencia concreta de esta conferencia fue la decisión de dar carácter permanente al comité

que había organizado el congreso, con lo cual puede decirse que se dio comienzo al movimiento de cooperación evangélica en el continente. Este organismo, al que se dio el nombre de Comité de Cooperación en América Latina (CCLA), en poco tiempo logró el apoyo formal de unas cuarenta juntas misioneras comprometidas con la extensión del reino de Dios en América Latina. Constituyó un capítulo de valor excepcional en el cuadro de la promoción de la obra evangélica en general y de la cooperación cristiana en particular en todo el continente, y por ello los latinoamericanos estaremos siempre agradecidos.

Para la finalidad de este escrito, deseamos destacar brevemente que la tarea más significativa cumplida por el Comité, fue la promoción de organismos nacionales de cooperación, lo que se alcanzó mediante el establecimiento de secretarías regionales con asiento en Brasil, Argentina, Uruguay, Chile, México y otros países. Estas secretarías fueron creando las condiciones para la formación de consejos y/o federaciones de iglesias, la mayoría de los cuales surgieron en la década de los años treinta, según veremos más adelante.

Como corolario de esta introducción, debemos manifestar que a partir de la Conferencia de Panamá y la creación del comité de cooperación, se fue manifestando en forma creciente en las iglesias evangélicas del continente lo que no vacilamos en calificar como una irresistible vocación de unidad. Un análisis superficial de la situación podría inducir a dudar de esta afirmación; pero, sin embargo, observando los numerosos encuentros internacionales que han tenido lugar a través de los años transcurridos, es posible discernir con certeza que siempre que la Iglesia tuvo oportunidad de reunirse, esa vocación se manifestó plenamente, afirmando la unidad fundamental de los cristianos y la necesidad imperativa que sentía de presentar un

testimonio y un mensaje afirmado en la oración del Señor Jesucristo, según consta en Juan 17:21.

Esa vocación de unidad ha ido recorriendo un camino, que aunque lento, ha acusado un constante progreso en las relaciones interdenominacionales y ecuménicas del continente, tal cual procuraremos demostrarlo en la reflexión siguiente.

Observando el desarrollo experimentado en el período que nos ocupa, pueden apreciarse con bastante precisión cinco etapas definidas, las que a nuestro juicio son las siguientes.

- 1) La etapa pionera, que va desde 1916 a 1929.
- 2) La etapa del surgimiento de una conciencia latino-americana y el consiguiente establecimiento del movimiento de cooperación sobre bases y liderazgo nacionales, que va desde 1930 a 1941.
- 3) La etapa de las iniciativas y cooperación práctica continentales, que va desde 1941 hasta 1964.
- 4) La etapa en la cual el movimiento ecuménico se define más claramente y se expande con la creación de la Comisión de Unidad Evangélica de América Latina (UNELAM), que desarrolla su actividad de 1965 a 1975, dando lugar a:
- 5) La etapa actual, en la que el movimiento ecuménico ha dado otro importante paso adelante a partir de la Conferencia de Oaxtepec (México), celebrada en 1978 y convocada por UNELAM, en la cual se acordó otorgar al movimiento una mayor sustancia y solidez, creando un nuevo organismo integrado oficialmente por las iglesias propiamente dichas, al que se denominó Consejo Latinoamericano de Iglesias (CLAI).

Seguidamente describiremos someramente las características principales manifestadas en cada una de estas cinco etapas, a saber:

I. La etapa pionera

En esta etapa la nota principal la constituyó el hecho de que la iniciativa estuvo en manos misioneras. Bajo la inspiración recibida en el Congreso de Panamá, y en respuesta al desafío planteado, se resolvió convocar otros dos congresos: uno para Suramérica y otro para Centroamérica y el Caribe. El primero de ellos, llamado "Congreso de Obra Cristiana", tuvo lugar en Montevideo, Uruguay, en 1925. Aunque el

mismo fue organizado enteramente por el ya mencionado Comité de Cooperación en América Latina, su realización reveló un gran progreso en cuanto a la participación de elementos nacionales. En efecto, de los doce informes previos en los que se basó la tarea del congreso, sólo dos estaban relacionados con problemas específicos de las juntas misioneras; el idioma oficial fue el español y la presidencia fue ejercida por un latinoamericano eminente, el brasileño Erasmo Braga. Aún aquí los latinoamericanos constituyeron una minoría, pero su influencia fue mucho mayor. Este congreso hizo un análisis muy profundo de los problemas y oportunidades existentes, y recorriendo las conclusiones a que arribó, sorprende la vigencia que muchas tienen aún para nuestros días. Como resultado de dichas conclusiones y recomendaciones, aparte de la mencionada en la introducción en cuanto a la creación de secretarías regionales que condujeron a la gestación de un buen número de consejos de iglesias nacionales, se llevaron a cabo otras tareas e iniciativas, tales como: gestión de "comity agreements" en diversos países; estudios en campos vírgenes para el protestantismo, tales como Haití y la República Dominicana; la publicación de la prestigiosa revista *La nueva democracia*; estímulo en cuanto a la fundación de seminarios de teología interdenominacionales; promoción de un programa de capacitación de obreros cristianos, para lo cual el CCLA nombró un secretario educacional; desarrollo de un programa de literatura cristiana, mediante la publicación de libros y revistas periódicas y la creación de librerías evangélicas interdenominacionales; énfasis en la necesidad de promover un avance del protestantismo latinoamericano en todos los frentes; campañas para conseguir fondos a fin de fortalecer las instituciones de educación primaria, secundaria y profesional cristianas, etc.

Todo este trabajo y el desarrollo natural experimentado por las iglesias, provocaron un cambio notable en la situación. El protestantismo latinoamericano comenzó a tomar estatura, ganando reconocimiento público. Más aún, este crecimiento y toma de conciencia latinoamericana motivó la participación de América Latina con pleno derecho en la II Conferencia Internacional Misionera de

Jerusalén, en 1928. Con esta participación puede decirse que se cerró el ciclo abierto por la decisión de Edinburgo de 1910. La Iglesia Evangélica Latino-americana se había ganado un lugar en el concierto ecuménico mundial y estaba en camino de alcanzar su mayoría de edad.

II. La etapa del surgimiento de la conciencia nacional

Esta segunda etapa se inicia con la celebración del que se llamó "Congreso Evangélico Hispanoamericano de La Habana", que se realizó en junio de 1929. Intencionalmente, este congreso forma parte de la etapa anterior, ya que fue planeado por el CCLA junto con el de Montevideo, 1925. Pero lo interesante es que, sin duda como una consecuencia de la madurez que ya se había manifestado en Montevideo, la organización de este encuentro fue confiada en casi su totalidad a los dirigentes evangélicos nacionales o "latinos". La responsabilidad principal recayó en los dirigentes de la Iglesia Evangélica Cubana, quienes contaron con la estrecha colaboración de los hermanos de México y Puerto Rico.

Constituye una empresa fascinante leer el libro que contiene la historia de este congreso, por el amplio campo que cubrió, la calidad de los elementos que participaron en él, y la sabiduría y madurez de las conclusiones adoptadas. En cuanto a lo que estamos destacando, o sea que este congreso marcó la iniciación de una nueva etapa en el desarrollo de la conciencia latinoamericana y ecuménica, estimamos que lo mejor es citar textualmente algunos párrafos del libro del congreso que se editó con el título de *Hacia la renovación religiosa en Hispanoamérica*:

En el corazón de los organizadores, así como de los observadores y cristianos más comprensivos, tanto de nuestros países como de Norteamérica, estaba la certeza de que este congreso debería de ser el primer ensayo de afirmación de nuestra personalidad como iglesias hispanoamericanas ... el principal objeto de nuestro esfuerzo se encamina a que la Iglesia Evangélica de América Latina descubra por sí y sienta su vida propia en su propio medio ambiente... En La Habana, *latinidad* será la llave de todos los métodos y aproximaciones.

Hecha esta definición nueva y categórica, no es de extrañar que en materia de unidad cristiana este congreso también haya hecho algunas contribuciones originales. La sección que consideró el tema "Cooperación y Unidad". produjo un informe que constituye un impresionante alegato en favor de esa vocación de unidad que hemos mencionado anteriormente. Todo el trabajo del congreso respiró un ambiente de unidad profunda en Cristo y de certeza de que, para emprender esa tarea de "renovación religiosa", que fue el centro del temario, era indispensable la acción y la proclamación unida, ya que "la incoherencia y las divisiones, han sido para el protestantismo, especialmente en nuestros países, grandes escollos para el avance del reino de Dios".

El entusiasmo experimentado por todos llevó al congreso a aprobar la propuesta de que se formara una "Federación Internacional Evangélica", que incluyera a las uniones, consejos y federaciones nacionales que se formarían, como asimismo a las iglesias de España y Portugal. Evidentemente, esta decisión fue un tanto prematura, como lo prueba el hecho de que no alcanzó a materializarse. Sin embargo, el ideal se mantuvo vivo como un anhelo ineludible, concretándose 35 años después con la creación de UNELAM, como se verá más adelante.

Durante el resto de esta etapa, el hecho más significativo lo constituyó la creación de la mayoría de los organismos de cooperación en el plano nacional. Que el tiempo estaba maduro para dar este paso lo revela el hecho de que, en el término de una década, se habían constituido casi todos los consejos nacionales existentes en la actualidad, o sea los de Brasil, México, Cuba, Chile, Perú, Río de la Plata (Argentina, Uruguay y Paraguay (*)), Colombia, Guatemala, Costa Rica, y un poco más adelante Honduras, Nicaragua y Panamá.

Como resumen de esta segunda etapa, podemos afirmar que en el transcurso de la misma quedó establecida de manera definitiva la toma de conciencia por parte del cristianismo latinoamericano respecto de su obligación misionera y, como condición básica para ello, la obtención de la mayor unidad posible en Cristo.

Las bases estaban, pues, echadas para la iniciación de la tercera etapa, en la que se intensificaría la acción unida en el plano nacional y se encararían iniciativas de proyección continental, como expresión concreta de esa "latinización" proclamada en el congreso de La Habana.

(*) Actualmente separado en tres organismos independientes.

III. La etapa de iniciativas y cooperación continentales

Al iniciar esta etapa, merece sin duda una mención especial la creación del primer movimiento ecuménico realmente continental, tarea que tuvo el honor de cumplir la juventud evangélica, al crear, en 1941, la Unión Latinoamericana de Juventudes Evangélicas (ULAJE), a raíz o como resultado del Primer Congreso Latinoamericano de Juventud Evangélica, que con el lema de "Con Cristo un Mundo Nuevo", se realizó en febrero del año mencionado en la ciudad de Lima, Perú.

Veamos seguidamente algunos aspectos de la manifestación de esos anhelos de unidad y proyección continental a que nos hemos referido.

En el plano de los organismos interdenominacionales nacionales, se puede decir que todos los existentes fueron progresando, tanto en la afirmación de su estructura como en la definición de sus metas. En general, estos organismos contaron con el aporte de elementos que habían participado en tareas preliminares; es decir, que se trataba de dirigentes ministeriales y de laicos que estaban dedicados a una obra por la cual habían orado y luchado durante años, en muchos casos desde su juventud.

Así fue que en el plano nacional se fue avanzando, tanto en la tarea de interesar en la causa de la unidad cristiana al mayor número posible de iglesias-denominaciones, como en el enfoque e iniciación de tareas en forma unida y de alcance práctico. De esta manera, todos los organismos nacionales fueron encarando, en mayor o menor grado, una acción común en los planos de la evangelización, la educación cristiana, la literatura y el periodismo, la obra radial, el trabajo entre la

juventud, estudios de áreas sobre la situación del país y de la iglesia, campamentos de formación de líderes, de trabajo y de profundización espiritual, obra entre estudiantes, preparación y empleo de materiales audiovisuales, servicio social unido, etc.

En muchos casos, la acción en campos como los mencionados no tuvo un carácter estable, sino que dependió de circunstancias diversas o de la disponibilidad de líderes capacitados; pero, reiteramos, de una forma u otra, y en mayor o menor grado, estos intereses e inquietudes constituyeron el centro de la acción de los consejos y/o federaciones de iglesias en la etapa que nos ocupa.

Por razones de espacio no nos es posible hacer una descripción minuciosa de este vasto proceso; de ahí que nos limitaremos a hacer una mención sintética de lo realizado en las principales áreas señaladas, refiriéndonos en especial a aquéllas que tuvieron también una proyección continental, a saber:

La evangelización. En América Latina, la obra en pro de la unidad cristiana ha tenido siempre una connotación evangelística, tal cual lo establece el pasaje en Juan 17:21. De ahí que el interés evangelístico manifestado en los organismos nacionales de cooperación ha tenido una importante proyección continental, actuando en muchos casos en forma recíproca.

Consciente de la importancia ineludible de este aspecto para el desarrollo y la consolidación de la iglesia, a mediados de los años treinta el CCLA designó un evangelista continental viajero, con la misión esencial de estimular, en colaboración con las iglesias y organismos nacionales, la realización de campañas de evangelización unidas, dirigidas especialmente a las clases cultas, atentos a la importancia estratégica de alcanzar a estos grupos con el mensaje del Evangelio.

Esta tarea fue desarrollándose y ampliándose con la participación de otros evangelistas y la realización de campañas, como las denominadas de "evangelismo a fondo", alentadas por los grupos conservadores. Estas campañas con el tiempo se han convertido en una actividad permanente, aunque preocupa el hecho de que la iniciativa esté predominantemente en manos de grupos

norteamericanos que cuentan con abundantes recursos financieros y técnicos.

Esta actividad, como asimismo la cooperación en el plano de la difusión de la Biblia mediante las sociedades bíblicas, que en varios países han alcanzado autonomía nacional, constituyen uno de los aspectos que han contribuido sustancialmente al conocimiento y la comprensión mutua de los distintos grupos denominacionales.

La evangelización radial. El Comité de Cooperación también realizó una tarea pionera en cuanto al estímulo de la evangelización por radio. A tal efecto designó un secretario especial que residió en varios países del continente, asesorando y alentando a las iglesias en cuanto a la realización de esta tarea de la manera más eficiente posible. La extensión de esta obra ha alcanzado una dimensión extraordinaria, facilitada sin duda por la ventaja de poder alcanzar a una veintena de países con un mismo idioma. Este aspecto tiene, por otra parte, un aspecto preocupante, ya que los métodos modernos de divulgación de masas han hecho posible una invasión de programas, incluyendo los televisivos, independientes y elaborados en el exterior, lo que no siempre tiene una proyección positiva sobre la obra de las iglesias locales.

La literatura cristiana. Al comienzo de esta tercera etapa en el año 1941, tuvo lugar en México la I Conferencia Latinoamericana de Literatura Cristiana, convocada por el mencionado Comité de Cooperación. La misma llevó a cabo una tarea exhaustiva de estudio de las necesidades y posibilidades existentes en este campo. Las recomendaciones condujeron a la creación de un secretariado permanente en el seno de dicho Comité, el cual promovió y dirigió la ejecución de un extenso y bien meditado programa, elaborado con la participación ejecutiva de comisiones nacionales y regionales de literatura cristiana que funcionaron en México, el Río de la Plata, Chile, área del Caribe, etc.

Paralelamente, un grupo de misiones e iglesias de orientación evangélica conservadora, crearon también un organismo y celebraron encuentros internacionales en relación con este aspecto, aunque sobre una base diferente, ya que agrupaban a individuos, instituciones y juntas misioneras, en lugar de consejos e iglesias nacionales, salvo

excepciones. Su contribución ha sido amplia y positiva en cuanto a la divulgación de la palabra impresa como agente de evangelización.

La educación cristiana. La labor en este aspecto contó, en los inicios de la cooperación, con el apoyo de la Asociación Mundial de Escuelas Dominicales y también del Comité de Cooperación, concentrando los esfuerzos fundamentalmente en la preparación y publicación de cursos para su empleo en las escuelas dominicales y el trabajo entre la Juventud. Dentro de esta área se desarrolló una importante tarea misionera, en cuanto a la preparación y utilización de materiales y métodos audiovisuales en la obra educativa y evangelística.

En 1961, previo a la celebración de la II Conferencia Evangélica Latinoamericana, la Asociación Mundial de Escuelas Dominicales convocó en Huampaní, Perú, una consulta tendiente a mejorar su contribución a la obra de educación cristiana en el continente. Como resultado de dicho encuentro, se acordó la creación de la Comisión Latinoamericana de Educación Cristiana (CELADEC), integrada con representantes de diversos organismos nacionales, la cual ha realizado un aporte importante en cuanto a la actualización de los métodos y finalidades de la educación cristiana en una situación revolucionaria como la que ha vivido América Latina, y que aún persiste.

"Iglesia y Sociedad". La juventud evangélica fue también pionera en cuanto a la provocación de un despertar en las iglesias respecto al tema de la responsabilidad social cristiana, cuando en 1941 adoptó como lema de su primer congreso continental el ya mencionado de "Con Cristo un Mundo Nuevo". Ex dirigentes juveniles fueron, asimismo, los que a partir del comienzo de la década de los años sesenta, crearon y desarrollaron el movimiento titulado Iglesia y Sociedad en América Latina (ISAL), el cual hizo un aporte importante en este plano para ayudar a las iglesias del continente a comprender, interpretar y, en lo posible contrarrestar, el duro proceso de deterioro de las libertades que experimentó el continente en esa década y que en buena parte abarcó también la década siguiente. La acción de este movimiento, de base ecuménica amplia, pues llegó a integrar incluso a hermanos católicos, señaló el camino también para el desarrollo de la importante labor

que ha cumplido y cumple el cristianismo evangélico, sin distinciones denominacionales, en la defensa de los derechos humanos en todos los países y a todos los niveles.

Obra entre universitarios. En la etapa que nos ocupa, o sea a partir de 1940, se inició en América Latina el trabajo entre universitarios, como una extensión de la labor que a escala mundial realizaba y realiza la Federación Cristiana Mundial de Estudiantes (World Student Christian Federation). La tarea en este plano ha sido ardua, debido en parte a la incompreensión por parte de las iglesias evangélicas en cuanto a las características especiales de esta obra, y a la tradicional indiferencia que se manifiesta en América Latina en los círculos universitarios e intelectuales por los temas religiosos. La acción de este grupo, que opera con el nombre de Movimiento Estudiantil Cristiano (MEC), ha continuado con altos y bajos, sufriendo notablemente debido a la inestabilidad política que ha caracterizado la vida de casi todos los países del continente. Aparte de este grupo, las iglesias no-históricas o conservadoras, también han cumplido y cumplen una tarea testimonial en este campo.

Los congresos continentales. Nos llevaría un espacio del que no disponemos, el analizar los numerosos congresos que se llevaron a cabo en esta etapa y que en un principio estuvieron a cargo de la juventud, de los estudiantes, y en relación con intereses particulares diversos. Por eso nos limitaremos a mencionar brevemente las conferencias evangélicas que contaron con el apoyo oficial de las iglesias, que son las siguientes:

I Conferencia Evangélica Latinoamericana, Buenos Aires, Argentina, 1949. Desde el lanzamiento de la iniciativa hasta el momento de su clausura, la conferencia fue cosa de las iglesias evangélicas latinoamericanas. Por ello se aceptó denominarla como la primera. El temario estuvo centrado en lo siguiente: "La realidad latinoamericana y la presencia de las iglesias evangélicas" y "Mensaje y misión del cristianismo evangélico para América Latina". Asimismo, la conferencia produjo un "Plan fundamental de acción evangélica", mediante el cual se establecieron prioridades y metas de gran importancia para la obra futura.

Aunque esta conferencia, al igual que las anteriores, adoptó una interesante y completa resolución sobre el tema de la "cooperación interdenominacional", no tomó ninguna decisión en cuanto a la creación de un organismo continuador permanente. Así fue que la convocatoria de una segunda conferencia se vio dificultada, a tal punto que la misma recién pudo tener lugar en Lima, Perú, a mediados del año 1961. De La Habana a Buenos Aires, habían pasado veinte años; de Buenos Aires a Lima, sólo doce, pero aun éstos fueron demasiados.

La II Conferencia Evangélica Latinoamericana señaló un gran avance sobre la anterior. En efecto, fue convocada oficialmente por todos los consejos y/o federaciones nacionales de iglesias existentes en América Latina en el momento, o sea, once. La participación total fue de doscientas personas, representando a prácticamente todos los países del continente. Es interesante señalar que esta conferencia se concentró de una manera especial en el tema de la evangelización, a través de sus dos temas principales: "Nuevo mensaje" y "Nuestra tarea inconclusa". La reunión no fue una excepción en cuanto a manifestar su preocupación sobre el tema de la unidad cristiana. Efectivamente, el texto de la resolución pertinente fue el más avanzado y preciso votado por congreso anterior alguno. En el mismo se hicieron sugerencias concretas y valientes para guiar a las iglesias a esa mayor cooperación y unidad deseada por todos. En gestiones extra-oficiales se aprobó la idea de crear un organismo continuador permanente, si bien éste no prosperó debido a la fuerte oposición que ejercieron los grupos fundamentalistas dirigidos desde los Estados Unidos.

La III Conferencia Evangélica Latinoamericana. Esta conferencia fue convocada por UNELAM y se realizó en Buenos Aires, en el año 1969. Por lo tanto, está fuera de la etapa que estamos considerando, pero completa el cuadro de las conferencias de este tipo. La principal característica de la misma, fue que señaló el surgimiento en el cristianismo latinoamericano de una nueva visión de la realidad social. Así fue que se tomó conciencia de la situación general de subdesarrollo en la que se halla sumido el continente, de la necesidad de cambios estructurales ante la opresión y de un compromiso para ponerse

de lado de la libertad y la justicia. A tal efecto afirmó que:

...la iglesia necesita promover la participación dinámica y decisiva de los fieles, incluso de los pastores, en los procesos de transformación de los sistemas políticos dominantes, y trabajar por el reemplazo de las estructuras de opresión por estructuras de humanización.

La III CELA también hizo evidente una comprensión más seria y profunda de la presencia y la posibilidad de nuevas y mejores relaciones con el catolicismo, producto sin duda de la nueva actitud que, por su parte, había asumido la iglesia católica como resultado de las conclusiones del Concilio Vaticano II y de la II Conferencia del Episcopado Latino-americano, celebrada en Medellín, Colombia, un año antes (1968).

Como resumen de todo esto, podemos decir que en La Habana (1929), las iglesias estaban preocupadas por el tema la renovación religiosa en un continente dominado por un catolicismo anquilosado; en Buenos Aires (1949), se afirma la legitimidad de la presencia protestante en América Latina; en Lima (1961), la Iglesia se siente ya segura, bien establecida y confiada en su futuro y la gracia divina, proclama a "*Cristo, la esperanza para América Latina*"; en Buenos Aires (1969), se descubre la importancia de asumir un mayor protagonismo en cuanto a la realidad social del continente y un mayor compromiso respecto a la renovación de las estructuras de opresión, limitadoras de la libertad y de la vigencia plena de los derechos humanos.

IV. La etapa de definición y expansión en busca de una estructura permanente

Atentos al fallido intento realizado en relación con la II CELA, Lima 1961, de crear un organismo permanente de cooperación, en forma casi imprevista, y con motivo de la realización en setiembre de 1963, en Río de Janeiro (Brasil), de una consulta sobre "Servicio y Acción Social Cristiana en América Latina", convocada por ISAL, fue posible reunir a los presidentes de los siguientes consejos y federaciones de iglesias: Argentina, Brasil, Chile, Perú, México y Uruguay. Los

representantes de Cuba y Puerto Rico, impedidos de asistir a último momento, enviaron su total adhesión a los fines de la reunión. Este encuentro fue una nueva y categórica manifestación de esa vocación de unidad que hemos venido señalando repetidamente, y en respuesta a ese imperativo, produjo la "Declaración de Corcovado" manifestando la convicción de que había llegado el momento de dar un paso decisivo en el camino de la unidad evangélica latinoamericana, y pidiendo a todos los organismos de cooperación interdenominacional del continente que "adhirieran a la idea de crear un organismo latinoamericano de cooperación". Esta exhortación fue rápidamente ratificada por todos los consejos mencionados, menos el de Perú, o sea siete en total.

Como una consecuencia de esta ratificación, en una nueva reunión, celebrada en diciembre de 1964 en Montevideo, Uruguay, quedó formalmente constituida la Comisión Pro Unidad Evangélica Latinoamericana (UNELAM), designándose como secretario ejecutivo a Emilio E. Castro, actualmente secretario general del Consejo Mundial de Iglesias. Notoriamente, UNELAM adoptó como su base de acción las recomendaciones que en tomo a la cooperación evangélica había adoptado la Conferencia de Lima, lo que le dio de hecho un amplio respaldo de las bases.

Con la creación de esta Comisión de alcance continental, culminó el proceso de cincuenta años que hemos venido describiendo, abriéndose así una nueva y creativa etapa. UNELAM cumplió un plazo de diez años, en el cual se realizaron varios proyectos que fueron de gran utilidad para el fortalecimiento de la conciencia de unidad ecuménica del cristianismo evangélico continental. Pero ese período fue, a su vez, un tiempo de grandes cambios y conflictos sociales, políticos y económicos en casi todos los países de la región, lo que obviamente produjo diversas crisis en el funcionamiento de los consejos nacionales de iglesias, debilitándose así el movimiento encamado por UNELAM. Esto, lejos de crear desaliento, impulsó a las iglesias a buscar la forma de transformar la crisis en una nueva oportunidad de que, en respuesta a su tradicional vocación ecuménica, el movimiento fuera ampliado, profundizado y fortalecido. La respuesta a esta

actitud se obtuvo, por la gracia de Dios, mediante la decisión de la Conferencia de Oaxtepec de 1978, que UNELAM misma convocó, de crear un nuevo organismo asentado ya no solamente en una representación indirecta, como la que constituían los consejos y federaciones nacionales según lo había recomendado el Congreso de La Habana de 1929, sino en la afiliación directa de las iglesias mismas, siguiendo así el ejemplo de lo que ya se había realizado con éxito en grandes regiones como las de Asia y Africa.

V. El nuevo Consejo Latinoamericano de Iglesias (CLAI)

Así se inicia en 1978, sesenta y cinco años después de la reunión de Nueva York mencionada al principio, la quinta etapa, en la cual se está actualmente, con la creación formal del CLAI. El consejo ha cumplido ya sus primeros diez años de vida, celebrando con todo éxito su segunda asamblea general en Brasil, a fines de octubre de 1988. Esta significó una consolidación del mismo altamente estimulante e inspiradora, ya que participaron en ella unas 130 iglesias establecidas en todos los países, contando también con la participación fraternal de otros cien organismos ecuménicos que desarrollan las más diversas actividades ecuménicas a través de todo el continente.

En conclusión

Sentimos hondamente que el CLAI, teniendo el sólido apoyo eclesial y de las bases mencionado, ha asumido todas las corrientes, inquietudes y esperanzas que fueron expresadas por la comunidad cristiana evangélica por medio de las grandes conferencias y encuentros de todo tipo, que tuvieron lugar como parte del proceso que hemos tratado de describir. Esto nos impulsa a vislumbrar un futuro pleno de realizaciones y progreso en cuanto al desarrollo de la tarea de extender el reino de Dios en esta gran región que enfrenta la conmemoración del quinto centenario de su descubrimiento, pero que igual está más necesitada que nunca de descubrir, ella misma, al Señor Jesucristo, que es la vida del mundo y que vino no para ser servido, sino para servir y dar su vida para el rescate y la salvación de todos. ¡Que así sea! Amén.

¿Qué socialdemocracia es viable?

La agenda latinoamericana de hoy y mañana

Nils Castro

La agenda política latinoamericana ha sido reemplazada por otra en los últimos años. En los sesenta, se hablaba de la *revolución*, atendiendo a la demanda de grandes cambios sociales liberadores, cuya necesidad no ha disminuido. En los setenta, de la *soberanía* y la *integración*, destinadas a recuperar la autodeterminación y solidaridad requeridas para el cambio. En los ochenta, de la *democracia*, limitada a la prioridad de eliminar las últimas dictaduras militares y consagrar los derechos humanos.

Ahora el discurso no habla del cambio necesario, sino de los "reajustes estructurales" y, con ello, de la *competitividad* en vez de la solidaridad integradora. El uso establecido de la palabra "democracia" ya no contempla la autodeterminación requerida en los setenta, ni menos el protagonismo popular que se exigía en los sesenta.

Esto no disminuye el mérito de lo alcanzado en años recientes: el estar saliendo de las cavernas de las viejas y nuevas dictaduras, dando carta de naturalidad a los derechos humanos y al pluralismo ideológico, está entre las mejores conquistas del siglo.

Pero ello también viene sirviendo para ocultar que *el alcance de nuestras metas ha sido achicado y retrotraído*: lo que ahora alcanzamos apenas cumple lo que se procuraba al inicio de los años cincuenta. Con la desventaja de que antes se afirmaba -acertadamente- que las transformaciones I sociales y liberadoras son indispensables para autodeterminar el desarrollo democrático integral, mientras que hoy hemos quedado en unas democracias que se debaten

en constante crisis, porque se agotan repitiendo el modelo que fracasó hace treinta años.

En estas circunstancias, ya no sólo la democracia, sino también la *promesa socialdemócrata* aparece amenazada de entrar en crisis, cuando se castiga la realización de su programa o se obliga a sus gobiernos a renunciar anticipadamente al mismo. *Toca a los socialdemócratas resignarse a su conversión en neoliberales, o luchar por el rescate de la soberanía y autodeterminación nacionales, recuperando su antigua vocación antimperialista y solidaria --- latinoamericanista -, cuyo postergamiento tanto ha contribuido a allanar la presente situación.*

Si examinamos lo sucedido al trasluz de las oportunas pero reiteradamente eludidas advertencias de Martí, de Vasconcelos, de Mariátegui, de Haya de la Torre --- entre otros -, veremos que por lo menos una cosa se ha querido que olvidemos: el orgullo latinoamericano, sin el cual faltan la independencia política, la autodeterminación nacional y la solidaridad popular, en ausencia de las cuales la democracia a que aspiramos es sustituida por la manipulación.

El pensamiento socialdemócrata latinoamericano se desarrolló por sí mismo desde fines del siglo XIX hasta bien pasada la crisis de los años treinta, con independencia del acontecer ideológico europeo. Luego de los años sesenta, y en el campo dejado por el reflujo de la *revolución*, en su actual sentido las ideas socialdemócratas se propagaron por América Latina durante los setenta y los ochenta. Vinieron a ser una propuesta menos sujeta a las persecuciones de la represión, y una solución pluralista frente a los excesos ideológicos, los radicalismos voluntaristas y

los sectarismos aislantes que tanto habían dañado al movimiento revolucionario.

Así, promovieron un discurso político capaz de reagrupar las reivindicaciones de masas y movilizar sectores mayoritarios, lo mismo que la esperanza de reformas sociales con participación popular, sin autoritarismo ni dictadura. Una propuesta aceptable para amplios grupos sociales, con una expectativa de cooperación policlasista, y hasta de bendiciones europeas y de *corrientes liberales del establishment* norteamericano.

América de baja intensidad

Ese discurso tuvo el mérito incuestionable de incorporar a miles y miles de personas al debate y la participación sociopolítica. Quedaba por determinar si su conducción práctica estaría encaminada a organizarías para asumir metas superiores, o mediatizarlas. A la par, asistimos a un rápido proceso de modernización de la derecha política latinoamericana, a través de la *democracia cristiana* y fundaciones estadounidenses, que saltaron de la manipulación cruda de las oligarquías y cuarteles a la de partidos e internacionales de renovada dinámica.

Esta nueva propagación del ideario socialdemócrata coincidió con un cambio radical de los objetivos y métodos de la hegemonía de Estados Unidos en la región. Estos ya no se centrarían en la colocación y custodia de capitales, empresas y mercancías, ni se ejercería principalmente a través de los métodos clásicos de *contrainsurgencia* --- cuyo apogeo fue la llamada "guerra sucia"---, sino conforme los postulados por la doctrina de *conflicto de baja intensidad*, mejor ajustada a los nuevos tiempos.

América Latina fue convertida en tributaria financiera de la potencia hegemónica, y en exportadora neta de capital. Con ello, esa propagación de las ideas socialdemócratas no sólo coincide con el fin del ciclo de las dictaduras militares de la derecha oligárquica, sino también con el agravamiento de la crisis económica latinoamericana, gradualmente acumulada y generalizada por efecto del intercambio desigual y el injusto orden económico y financiero internacional, y

luego repentinamente dramatizada por la deuda externa.

Tras esto, hay bastante más que la mera sucesión de administraciones demócratas y republicanas en el gobierno de Washington. Hay cambios estructurales de duradera envergadura, reflejados en el déficit fiscal, presupuestario y comercial estadounidense, propios de una nueva articulación de las economías norteamericana y mundial. Pero que, en lo que a los latinoamericanos y caribeños corresponde, se reflejan en el tozudo esfuerzo con que *Estados Unidos procura reestructurar el esquema de sus relaciones con su periferia neocolonial*, el cual hoy por hoy requiere otro género de políticas y gobiernos en cada uno de nuestros países.

Así, a fines de los años ochenta, las ideas socialdemócratas aparecen inmersas en un continente *que ya no es el mismo*, por cuanto ahora predominan otras formas de explotación y control sobre nuestros países: la explotación financiera, y los nuevos métodos de intervención y sometimiento, más sofisticados, que le corresponden. Tal es el caso de la manipulación de las informaciones y medios de comunicación, la injerencia en los procesos políticos y electorales, y el uso de nuevas formas de coacción política mediante el manejo de los compromisos financieros y de sus agobiantes renegociaciones.

Tales son algunos de los instrumentos con que, desde mediados de los ochenta y con creciente eficacia, se expresa la nueva realidad y necesidades de la dominación norteamericana. La deuda externa ahora no es sólo la cara visible de un nuevo sistema de expoliación económica de nuestros pueblos, y de subsidio a la supremacía regional de la potencia hegemónica. Ha pasado a ser también un extraordinario *instrumento de poder político* del gobierno norteamericano para doblegar y someter a las autoridades latinoamericanas e imponerles el diseño de sus políticas interiores, así como la liquidación de los proyectos nacionalistas, solidarios e integradores, a despecho de la institucionalidad democrática existente en los respectivos países.

Los gobiernos democráticamente electos pierden su lealtad a los electores y a los principios ideológicos y programa anunciados por sus respectivos partidos, tan pronto se sientan a hablar con los banqueros --- y aún antes de sentarse -. Lo hacen a nombre de una expectativa de "dinero fresco" (es decir, de deuda nueva) que, sin embargo, no llega o se consume en servir la deuda vieja. En cambio, el sometimiento neocolonial y las deslealtades permanecen, y el disgusto social y la desconfianza en el sistema de partidos se incrementan.

No se elige ya a gobiernos soberanos ni autodeterminados, sujetos a los objetivos nacionales ni a la soberanía popular. Se eligen administraciones de la deuda y se "premia" su docilidad. El pueblo vota por una cosa y obtiene la contraria. Vota por un gobierno, elige un parlamento, pero la política económica y de desarrollo nacional es determinada en Washington y Nueva York, de acuerdo con pautas ajenas a la Constitución de cada República latinoamericana, y opuestas al interés nacional y popular de los respectivos países.

Reajuste y crisis de la democracia

Así, dando por válida cualquier elección, medianamente presentable, cuyos resultados sean compatibles con el proyecto y objetivos norteamericanos, lejos de ir hacia una democratización verdadera asistimos a un enorme proceso de *puertorriqueñización*, por el cual nadie ha votado. Claro ejemplo fue el aviso del presidente George Bush, dos días antes de las elecciones argentinas: aclaró que Estados Unidos reconocería la victoria de cualquiera de los dos candidatos principales, pero advirtió que, uno u otro que fuese, deberá acometer "reajustes estructurales" adicionales. Aunque los argentinos aún no habían concurrido a las urnas, ya Bush - amén de erigirse en pontífice electoral- estaba gobernando por ellos.

Paradójicamente, cuando tanto se habla de la clase de democracia que debemos tener, también se le atribuye precisamente la misión de implantar aquí el

modelo de desarrollo con el que sólo férreas dictaduras asiáticas han alcanzado éxito.

La historia de los "reajustes estructurales" viene de la década anterior. En los setenta, en varios países éstos fueron impuestos mediante el terror militar y la "guerra sucia". En los ochenta, ha tocado a las nuevas democracias administrar la situación ya creada (y continuarla) o, en otro caso, les toca introducirla bajo la compulsión de la deuda y sus renegociaciones.

Democracias *con* deuda, son en realidad democracias *de la* deuda. De una parte, democracias empresariales y tecnocráticas, donde un sector "moderno" de la burguesía financiera asume "personalmente" la misión de gobernar para reorganizar el gobierno a nombre de la eficiencia y *competitividad*. De otra parte, democracias restringidas o "viables", siempre en jaque, limitadas al campo en que son consentidas o toleradas: administrar la deuda, la reestructuración económica y el empobrecimiento y, en particular, responsabilizarse política y moralmente por controlar el rechazo social que necesariamente conllevan.

Ello ha establecido un cuadro crítico en el que las esperanzas y las realidades marchan tan mal que ya ni los militares aceptan hacerse cargo de gobernar. De hecho, en esos mismos países ellos ya dejaron cumplido su papel: los "reajustes" están encaminados, la deuda fue contraída y la izquierda política quedó descabezada o neutralizada. Ahora el ejército se limita a ejecutar con dureza, pero sin responsabilidad política ni penal, las represiones masivas que le ordena el poder civil *democráticamente electo*, en vez de las que antes mandaban los gobiernos *de facto*, por medio de los cuales previamente se impuso el proyecto transnacional de la oligarquía financiera civil.

Por consiguiente, es falso que la deuda pone en crisis a la democracia. Esta clase de democracia proviene de esa crisis y expresa el proceso de reestructuración de las relaciones neocoloniales de Estados Unidos. Antes bien, *el ejercicio de una democracia real y participativa* --- leal a sus electores y promesas -, *pondría en crisis el pago de la deuda*, y

los objetivos de la reestructuración. Es por ello que son los acreedores, la potencia hegemónica, sus aliados y voceros, quienes primero se interesan en encomiar esta clase de democracia *formal* y mediatizada, y en impedir que la voluntad popular despliegue todas sus potencialidades.

Nadie pone en duda las ventajas de los nuevos regímenes latinoamericanos a la luz de los derechos humanos y cívicos (abstracción hecha de ciertas represiones recientes). Sin embargo, *con ocultar sus graves y crecientes limitaciones neocoloniales e impopulares tampoco se le hace favor a la democracia*. Ningún "buen arreglo" con Estados Unidos y los banqueros justifica una mala política frente a nuestros propios pueblos. Con blandir la amenaza del real o supuesto retomo a las dictaduras, la defensa acrítica de esta democracia sirve al propósito de doblegarse ante la nueva hegemonía neocolonial e impopular y, lo que es más grave, de disuadir de la lucha por la *liberación nacional y la democratización real y participativa*, que antes fueron prioridades socialdemócratas.

El buen deseo de institucionalizar la democracia nunca justifica marginar la lucha por la justicia social, la independencia, la autodeterminación y la equidad. Para condenar las dictaduras hace falta proponer un mejor proyecto de democracia. Para hacerlo, la socialdemocracia deberá decidir si su papel en América Latina es el de continuar justificando - y hasta cumpliendo desde el gobierno - una política complaciente con los intereses hegemónicos, con los dictados del neoliberalismo, la explotación financiera, la pérdida de la soberanía nacional y de la solidaridad latinoamericana, o si su compromiso es el de luchar real y fehacientemente por formas más plenas y concretas de independencia política, autodeterminación popular y democratización integral y participativa. No optar por esta definición hará imposible discernir entre la socialdemocracia y el liberalismo o el populismo, como ya sucede.

Estados Unidos ha perfeccionado y prodiga una nueva concepción y tecnología políticas de injerencia, control e intervención en los procesos

sociopolíticos y electorales, que en algunos países del área llega hasta la agresión económica y la amenaza militar. No es esta la realidad que perciben ni desean percibirlos socialdemócratas europeos, quienes tienen otras prioridades --- justificables en el ámbito que a ellos corresponde -, y ante quienes Washington observa otra conducta, puesto que allá debe procurar otros objetivos. Pero *ésta sí es* la realidad vivida y padecida por los latino-americanos.

El reemplazo de las dictaduras fue y es aplaudido por todos nosotros; pero este aplauso no puede congelarse en un estancamiento conformista, ni menos en la condena a permanecer avalando lo que se ha instaurado en lugar de aquellos regímenes, y que *ahora quiere reproducirse*, en nombre de las nuevas necesidades norteamericanas, que no son las nuestras.

No pretenda ocultarse, interesada ni ingenuamente, el hecho de que en Uruguay se eligió a Sanguinetti guardando en la cárcel a Wilson Ferreira y a Seregni; que en Brasil se eligió gobierno por una corporación mayoritariamente constituida por ex colaboradores de la dictadura; que en Argentina se eligió a Alfonsín bajo amenaza militar contra alguna posible victoria popular; que en Colombia se vota bajo reglas sumamente restrictivas y la impunidad de sangrientas bandas paramilitares; que en Venezuela sólo pueden aspirar candidaturas multimillonarias; que México ha vivido los cómputos más controvertidos de su historia. Pero el colmo lo constituye que se den por "buenas" las elecciones terroristas celebradas en Guatemala, Haití y El Salvador, las corruptas celebradas bajo ocupación extranjera en Honduras, o las escandalosamente dirigidas a legitimar a un traficante neostroesnerista en Paraguay, siempre bajo el dudoso pretexto de que se trata de procesos "de transición".

Todas reconocidas como "legítimas", han sido en cualquier caso elecciones estructuradas para dar oportunidad real sólo a opciones cuyos resultados sean "aceptables" para la potencia hegemónica. Es decir, para instalar gobiernos que enseguida han de avenirse al nuevo ordenamiento estadounidense de la dominación financiera y política regional, así como a la tarea de hacerlo aceptar por sus respectivos

pueblos, aun a costa de disparar un nuevo ciclo de descontentos y represiones. También por ello, gobiernos que junto al norteamericano se constituyen en celosos abogados de aquellos "principios" democráticos (de la "democracia" formal, empresarial y restringida) que aseguran su elección y garantizan su reproducción.

Más allá del mal menor

Sin embargo, nadie debe llamarse ni llamar a engaño. Se trata de elecciones en las que los ciudadanos generalmente se han visto constreñidos a escoger el menor entre dos males, y no la mejor entre diversas esperanzas. En la mayoría de los casos no ha habido más voto real o popular que el voto de *castigo*, que no es expresión de una preferencia sino de una revancha. No construye un futuro más democrático sino que repudia un presente insatisfactorio. El ciudadano que poco después protestará contra el gobierno que eligió, rechaza haberle otorgado la legitimidad que el elegido pretende.

Hemos aceptado tales procesos electorales en contraste con las dictaduras que les precedieron, y en la confianza de que efectivamente se trate de *transiciones* hacia mejores formas de democracia. Transcurridos ya algunos años, cabe dudar que efectivamente lo son. Hasta ahora, ese supuesto ha sido apenas una ilusión, difícil de sostener en tanto que no sólo la economía y la calidad de la vida, sino también la soberanía de los países y la integración latinoamericana, han retrocedido por lo menos 25 años.

Pero, en la práctica, hemos aceptado como "bueno" y hasta "suficiente" para nosotros, algo que corresponde a lo que la política reestructuradora de Washington necesitaba y quería. Administraciones civiles de la deuda, democracias empresariales restringidas y permanentemente en crisis, que *no se plantean los cambios necesarios* y, por consiguiente, tampoco satisfacen las expectativas de democratización integral y autodeterminada, exigidas por nuestros pueblos en bien de su propio desarrollo.

Entre tanto, los costos los pagamos nosotros (y la fiabilidad del concepto de democracia), en tanto no sólo nos han convertido en países tributarios que se empobrecen exportando capital hacia economías más poderosas, sino que los efectos sociales de esta forma de explotación nos colocan frente a una nueva disyuntiva entre *ingobernabilidad o represión*. Ya ni los viejos ni los nuevos gobiernos gozan de confianza, ni sus mecanismos deparan esperanzas para el próximo período. La crisis generalizada del intercambio desigual, y la crisis de la deuda externa, se han convertido en crisis de todo el sistema y de cada una de sus instituciones.

Particularmente, amenaza convertirse en crisis del sistema de partidos políticos, y de los propios partidos. Estos y ya no modelan el proceso político hacia el cumplimiento del respectivo programa, ni organizan y movilizan una masa social en función de los objetivos de dicho programa. Tienden a ser sólo *máquinas electorales* que intervienen en la sucesión gubernamental *sin aspirar* al cumplimiento de las promesas ni objetivos programáticos, que antes se alegaban como su razón de ser y de convocar.

Pasado el instante electoral, los estallidos sociales se suceden dolorosa y crecientemente en República Dominicana, en varias ciudades brasileñas, en toda Venezuela, en Argentina, sin que los partidos sean ya entidades capaces de controlarlos, contenerlos ni encauzarlos, porque han dejado de ser eficaces para orientar políticamente a la población. Así como en Venezuela, a nombre de la socialdemocracia se promete una cosa para ser electos, luego se hace la contraria desde el gobierno para satisfacer los requerimientos reestructuradores de la hegemonía extranjera, y al final ya no se apela al partido electoral para orientar al pueblo, sino al ejército para someterlo. Y nadie recuerda si aún existe un programa y una ideología del partido, porque ya *carece de sentido recordarlo*.

Con ello, los sectores sociales concretos cada vez apelan más a otras formas de organización para expresar sus demandas y reivindicaciones *políticas* (y no meramente electorales), que dejan de encontrar cauce a través de los partidos. Toda clase de gremios,

asociaciones vecinales, agrupaciones del sector socioeconómico "informal", ecologistas, organismos cívicos, grupos religiosos y organizaciones armadas, asumen el protagonismo político alternativo, actuando con creciente eficacia *por fuera* del sistema establecido, ya que sus necesidades y aspiraciones carecen de expectativas por medio del procedimiento partidista y electoral así perverso.

Manejo y frustración electorales

La determinación y los métodos de la nueva hegemonía político-financiera norteamericana para estructurar y defender sus propósitos, se transparentan en las experiencias electorales de Nicaragua y Panamá. Ambos casos son aleccionadores, porque revelan lo que probablemente será *uno de los principales recursos de intervención y control que se espera aplicar sobre los demás países latinoamericanos* durante la década venidera, al tenor de la metodología *política* denominada "doctrina de conflicto de baja intensidad".

En ambos casos, el propósito inicial perseguido tenazmente por Washington fue el de evitar la celebración de unas elecciones que previsiblemente tendrían resultados adversos a los fines norteamericanos. En su lugar, se procuraba derribar y sustituir a los respectivos gobiernos por otros medios. Pagando, entrenando y sosteniendo un ejército de irregulares, con la complicidad de países vecinos, en el caso de Nicaragua, y promoviendo, pagando y sosteniendo un proceso de desestabilización social y penetración de las fuerzas armadas, en el caso de Panamá (según los modelos antes experimentados en Chile y Filipinas).

Más tarde, ante la inevitabilidad de las elecciones nicaragüenses y de la victoria sandinista, se optó por deslegitimarlas para desconocer sus resultados, forzando la abstención de los partidos opositores. El objetivo dejó de lograrse, y el fracaso de esa maniobra hizo reconsiderar su táctica al acercarse las elecciones en Panamá. En su lugar, se hizo participar a la oposición dentro de un proyecto encaminado a forzar los resultados en su favor, o hacer abortar el

proceso electoral para volver a la justificación de otros medios.

En ambos países el proceso debió realizarse en condiciones totalmente anormales. Uno y otro debieron ir a las elecciones tras una prolongada agresión económica, desinformativa y política norteamericana, con cuantiosos perjuicios a las respectivas economías nacionales, y las consiguientes secuelas de daños sociales. En Nicaragua, se realizaron bajo el ataque militar de la "contra"; en Panamá, bajo la amenaza de una intervención militar estadounidense. Lo uno y lo otro para lograr una rendición del electorado, después de que se había fracasado en hacer capitular al gobierno.

Lo sucedido en Panamá, resultó del aprendizaje norteamericano adquirido en Nicaragua. Lo que luego se ha experimentado en Panamá, es lo que hoy se prepara para aplicar sobre las próximas elecciones nicaragüenses. Uno y otro caso constituyen reediciones de los métodos y técnicas de injerencia y desestabilización mucho antes practicados en Chile y, obviamente, un pronóstico de lo que en años venideros se observará en otras latitudes del continente. Su descripción más precisa, desnuda de disimulos, figura en las propuestas del programa estratégico anunciado en el documento de Santa Fe II, para la Administración Bush.

Aparte de la campaña política y desinformativa previa y de la cuantiosa agresión económica, antes destinadas a derribar el gobierno e instalar un régimen *de facto*, según fuentes de prensa norteamericana, Washington gastó en la campaña electoral panameña cerca de 110 millones de dólares. Parte en subsidiar y reflotar los partidos de la derecha pronorteamericana, parte en costosos dispositivos para intervenir directamente en el desarrollo del proceso electoral, y parte para poner en entredicho la legitimidad del mismo proceso e invalidar o reconocer sus resultados, según a quién beneficiasen.

En Panamá, para una población de apenas un millón de electores, se invirtieron varios millones de dólares en compra de votos y corrupción de jurados y funcionarios electorales. Con el probable fin de

minimizar tales cifras, el Presidente Bush admitió haber ordenado entregar 10 millones a la oposición por conducto de la CIA, cifra que la prensa estadounidense calificó de "modesta", pero no de intervencionista. En efecto, pese a la crisis anticipadamente provocada por la prolongada agresión económica norteamericana, durante la jornada electoral el comercio y el fisco panameños registraron el abundante excedente monetario generado por nuevos dólares estadounidenses en todo el país.

Por si fuera poco, el mismo Presidente Bush anunció oficialmente que las elecciones sólo se considerarían legítimas de darse el triunfo a su oposición, y que, en caso contrario, Estados Unidos consideraría una intervención militar contra Panamá. Para demostrarlo, hizo instalar un tribunal electoral paralelo, con funcionarios estadounidenses, en una de las bases militares norteamericanas en Panamá, luego de ordenar el traslado de tropas adicionales hacia ese país.

Probablemente, nunca sabremos cuáles fueron los cómputos reales alcanzados por esta extraña experiencia electoral, nacida de la pretensión de efectuar unas elecciones "normales" donde ya todo eso había servido para imponer circunstancias completamente anómalas. Pero, cualesquiera que hubiesen sido los números escrutados, sólo una cosa puede darse por segura: el evento había sido gravemente distorsionado, sus resultados estaban definitivamente desacreditados y, uno u otro que hubiera sido el gobierno electo, quedaba cuestionado y estaría destinado a pervivir en crisis.

Curiosamente, vale recordar que, aunque la publicidad estadounidense y el discurso oligárquico tildan de dictatorial al gobierno panameño, tras dos años de intensa desestabilización del país no ha habido víctimas mortales que algún grupo político pueda reivindicar con seriedad. Ello contrasta dramáticamente con lo que puede señalarse a la mayoría de los gobiernos tenidos por democráticos en este continente.

Particularmente el venezolano que, mientras se encubre juzgando el régimen político de los demás países, en escasos meses ha sacado al ejército varias veces a las calles, militarizando la vida política del suyo con extraordinario número de víctimas.

Paralelamente, y en forma que recuerda con nitidez el modo en que se inició la desestabilización de Panamá, uno de los principales bancos norteamericanos "congeló" más de ochenta millones de dólares al gobierno socialdemócrata del Ecuador. A la par, empezaron a detonarse acciones de desobediencia civil en este país, empujándolo a encarar la disyuntiva entre capitular de su programa o reprimir a su pueblo.

De parecida forma se inició la escalada de "castigos" que antes se aplicó al gobierno socialdemócrata del Perú, luego de su inicial rebeldía frente a los mismos acreedores internacionales, hasta el extremo de multiplicar la desesperación y la violencia de la economía y la sociedad peruanas, y entronizar una opción electoral de la derecha pronorteamericana. Las próximas elecciones peruanas ya son, probablemente, el campo donde más pronto y gravemente tendrán aplicación las técnicas preelectorales y electorales injerencistas experimentadas en Nicaragua y Panamá.

Unos y otros de estos casos demuestran a las claras que el proceso democratizador latinoamericano está no sólo mediatizado, sino en grave peligro, en tanto sus instrumentos electorales se ven sometidos a la injerencia externa, además de la coacción político-financiera que ya se aplica a los gobiernos, y de la subversión que se provoca en los pueblos.

De regreso a la OEA

En otro plano, a lo anterior se agrega el recelo y división que la misma política provoca entre las naciones latinoamericanas, contrariando la alternativa de la colaboración y la complementación.

Porque el neoliberalismo y la coacción político-financiera, en cuanto expresión de las nuevas necesidades estructurales de la hegemonía norteamericana, son esencialmente *insolidarios*,

Mediante los condicionamientos que imponen a cada país dentro de la negociación por separado de la deuda, fomentan rivalidades entre ellos y promueven la *competitividad* en lugar de los procesos de integración. Este obstinado esfuerzo quiere liquidar los ideales bolivarianos que siempre han sostenido al liberacionismo. Pero, más concretamente, impide desarrollar la más viable de las opciones latinoamericanas para superar la crisis.

Prueba de ese *insolidarismo* lo fue la involución del *Grupo de Contadora*, del *Consenso de Cartagena*, y del *Grupo de Río* (antes de *Ocho*), iniciados con singular espíritu latinoamericanista en las condiciones iniciales de la década de los ochenta, y luego frustrados por los cambios que se acumularon en el transcurso de la misma, a medida que fue conformándose y haciéndose sentir la nueva política estadounidense. Para entenderlo, ha de recordarse que sus fundadores representaban gobiernos electos antes de que Estados Unidos desplegara el proceso de reestructuración de las relaciones con su periferia neocolonial.

La iniciativa de *Contadora*, empezada con autonomía solidaria y respaldo mundial, se vio frustrada, más que por los meandros y demoras creados por las maniobras de las tres cancillerías centroamericanas controladas por Estados Unidos, por la sucesiva quiebra financiera de los miembros del I Grupo, que debilitó drásticamente su independencia y autoridad. Su gestión se vio paralizada precisamente cuando mayor madurez había adquirido el proceso negociador y, por lo consiguiente, cuando la perspectiva de distensión y desarme ponía en mayor predicamento la hegemonía estadounidense.

Con todo, lo que principalmente se liquidó en *Contadora* fue *el mal precedente de una iniciativa latinoamericana que se desarrolló con independencia --- e incluso en desafío- de la voluntad norteamericana.*

En el ínterin, el *Consenso de Cartagena* reunió a los doce mayores deudores latinoamericanos y, pese a la heterogeneidad del grupo, logró al menos

establecer una plataforma de conjunto para caracterizar el problema y los criterios conducentes a una estrategia solidaria de solución, debidamente situada en el plano político. Las tesis allí acordadas mantienen extraordinaria vigencia. Con todo, la técnica romana de dividir en negociaciones bilaterales separadas, impuso el debilitamiento de la iniciativa y de sus miembros mediante su dispersión.

El *Grupo de Río*, en un postrer gesto de autonomía, se fundó con la intención medular de superar la heterogeneidad política que dificultó las labores de Cartagena, para llevar más allá el esfuerzo de negociar en común frente a Estados Unidos y los acreedores internacionales, y de desarrollar el proyecto integracionista como opción autónoma y más eficaz de los latinoamericanos. En la primera cita de cancilleres, el Grupo aún sostuvo y generalizó el *aliento latinoamericanista* inicial de Contadora y su Grupo de Apoyo, y la confianza de lograr una perspectiva de autodeterminación que diese mayores alcances a la democracia.

Sin embargo, *ninguneado* por Estados Unidos, y agobiado cada uno de los ocho miembros originales por su respectiva crisis y renegociaciones individuales, el Grupo tuvo escaso vuelo en su primera reunión de Presidentes, efectuada cuando ya comenzaba el recambio de los gobiernos representados en el mismo. Empezó a esfumarse su agenda original: el trata-miento conjunto de la deuda externa y los conflictos centroamericanos, quedaron en alusiones retóricas. Enseguida, inició su frustración al "suspender" la membresía del primero de sus integrantes que sostuvo una confrontación seria con la hegemonía estadounidense, Panamá. Aduciendo razones de democracia *formal*, evitó el percance de compartir solidariamente ese reto en defensa de las soberanías latino-americanas, y eludió contribuir a solucionar el primer problema de autodeterminación que le correspondió. Con ello, el "caso" panameño dejó de complicar las renegociaciones financieras padecidas por la *mayoría* de los otros siete miembros.

Significativamente, el drama panameño pasó a ser objeto de la OEA, como en los viejos tiempos. Luego

de haber reivindicado en *Contadora* y en *Río* un derecho y una voluntad latinoamericanos de darse un camino autodeterminado y solidario de desarrollo y democratización, nuestros cancilleres han retornado a Washington¹. Estados Unidos intenta *vietnamizar* su problema panameño, y hacer con manos latinoamericanas la operación *sucia* que la Administración Reagan no pudo cumplir por sí sola.

No obstante, en su nerviosa y todavía insegura defensa de los principios fundamentales de no-intervención, de no-injerencia en los asuntos internos de los demás Estados, y de autodeterminación, los cancilleres dejan traslucir un reconocimiento de que en manos de la resistencia panameña y nicaragüense está la suerte de la soberanía de cada uno de los demás países presentes --- la que sus respectivos gobiernos no siempre han tenido firmeza en defender- y de que, para salvarla, *América Latina necesita una derrota de Estados Unidos en Panamá y en Nicaragua*.

Nuevos tiempos, su agenda propia

Recapitulemos. Esta involución, sufrida entre los inicios y finales de la década de los ochenta, está directamente relacionada, en cada país, con el correspondiente deterioro de la socialdemocracia y de los partidos políticos como expresiones del movimiento liberador latinoamericano, y del correspondiente concepto de democracia. Luego de

¹ De los años setenta a los ochenta, se frustró el propósito latinoamericano de reestructurar la OEA, así como la idea de crear una Organización de Estados Latinoamericanos y Caribeños (OELAC). Aún así, la emersión de consensos latinoamericanos condujo a EE.UU. a marginar el papel de la OEA y a quebrarla financieramente. dejándole de pagar sus cuotas. Ahora, significativamente, el documento de Santa Fe II y los primeros pasos de la Administración Bush anuncian la decisión de recuperarla como instrumento de hegemonía diplomática norteamericana. Para estos efectos, la presentarse el caso de Panamá, el Departamento de Estado hizo saber a los cancilleres latinoamericanos que sólo cancelará su deuda al organismo si acuerdan una resolución que satisfaga los objetivos estadounidenses.

que la deuda generó su propia democracia, y de que la misma deuda la mantiene en crisis, *tanto el sistema politice establecido como el deseado, vienen siendo sobrepasados por los hechos*.

Las poblaciones protagonizan sublevaciones incontroladas y desorientadas, dejando centenares y miles de víctimas mortales y daños materiales: en República Dominicana (donde la represión fue avalada por el más conocido partido socialdemócrata), en ciudades brasileñas, en Venezuela (donde la represión ha sido reiteradamente ordenada por el nuevo gobierno socialdemócrata), en Argentina. Mientras los partidos se desideologizan y se desprograman, limitándose a tareas del juego y las concesiones electorales --- y mientras electores y elegida se divorcian y hasta se enfrentan enseguida de cada elección -, surgen por todas partes formas inéditas de organización espontánea, que ocupan los roles que antes pertenecieron a los partidos, para levantar las reivindicaciones populares, antimperialistas y democráticas que otros han desoído o abandonado.

Para los pueblos, la agenda del *cambio necesario* ha vuelto a ser prioritaria. Lo escasamente logrado en dos décadas es poco, y lo retrocedido es demasiado. Pero la realización de lo que ahora se reclama con creciente apremio, exige romper la estructura hegemónica y la acumulación de concesiones que lo impiden.

Es necesario comprender que ya no vivimos las amargas postrimerías de la década de los ochenta, sino los comienzos de otro período. No sólo el de una reestructuración de las relaciones neocoloniales --- que el imperialismo tiene crecientes dificultades en instrumentar -, sino el de una renovada resistencia e iniciativa de los pueblos latinoamericanos, que impondrán formas superiores de soberanía, solidaridad y democracia. *La necesidad de una agenda nueva viene de que han empezado otros tiempos*, en los que aún países chicos son capaces de defender sus propios proyectos de autodeterminación y dignidad, y donde también pueblos grandes anuncian ya mayores estremecimientos.

Porque necesitamos y queremos que el grado de democracia ya alcanzado *sisea* una transición hacia otra cosa mejor, los partidos y los postulados que la impulsan requieren urgentes transformaciones. Para que la democracia *pueda ser*, y para que el pueblo pueda ser recuperado por los partidos, hay que rehacer la agenda política y encabezarla con otros motivos de lucha y objetivos. De lo contrario, dejarán de tener sentido y existencia real el sistema de partidos, las propuestas socialdemócratas y hasta sus organizaciones partidarias.

Hay, en realidad, que producir *otra* agenda --- cuyos fundamentos históricos existen hace mucho -, porque no son los modelos importados ni de democracia, ni de socialismo, los que podrán ser consecuentes consigo mismos y tomar cuerpo y liderazgo en nuestra América. La agenda que resuelva la continuidad histórica del nacionalismo revolucionario mexicano, del yrigoyenismo argentino, del mariateguismo y de los fundadores originarios del aprismo, del tenientismo y el trabalhismo brasileños, del gaytanismo colombiano, es decir, del pensamiento nacional-popular, revolucionario, latinoamericanista y antimperialista que, desde fines del siglo pasado, hizo --- al tenor de nuestra historia y realidades- su propia crítica del anarquismo, la socialdemocracia y estalinismo europeos, y que desarrolló nuestro ideario político avanzado aún antes de que Europa sucumbiera al fascismo.

La liberación hace la democracia

Esta nueva agenda socialdemócrata de los latinoamericanos exige no tan sólo declarar, sino demostraren los hechos, por lo menos las siguientes condiciones: rechazar la extorsión de nuestros países por la deuda externa, como la forma más devastadora e injusta de la explotación de los pueblos y de los hombres; rechazar el uso de la deuda como medio de chantaje y coacción políticas, y de imposición de conductas y abstenciones políticas; rechazar la amenaza y el chantaje de que sobrevendrán "alternativas aún peores", con los que se insiste en hacernos "posponer" nuestros principios

liberacionistas; rechazar la injerencia extranjera en nuestros proceso políticos; y, en esencia, recuperar efectivamente la soberanía y autodeterminación de nuestras naciones y pueblos.

En una palabra, rechazar la sustitución neocolonialista de la agenda socialdemócrata por una sedicente propuesta neoliberal.

La lucha concreta, enérgica y diaria por el pleno rescate de la soberanía y la autodeterminación, es la piedra de lo que de todo proyecto socialdemócrata honesto y verdadero en el Tercer Mundo y, particularmente, en esta América Latina neocolonizada, coaccionada e intervenida. Porque realidad como ésta, el pensamiento socialdemócrata sólo toma sustancia real cuando se constituye en *ideario de movimientos de liberación nacional* y, por lo tanto, cuando vive como *pensamiento y práctica antimperialistas*.

Porque en una historia como ésta, *no cabe ya confiar en "la democracia"* en general, abstracta, formal y *complaciente*, que tanto sirve para encubrir concesiones entreguistas, conformismos y retrocesos, en los que hay liberal y populista que de socialdemócrata. La democracia debe hacerse tangible, ni neocolonial ni abstracta, sino , *participativa* y patriótica, sujeta al cumplimiento post-electoral de la voluntad popular, y a la revocación de mandatos.

Porque nuestra democracia sólo puede ser *real y confiable* si sirve a la misión de realizar *los cambios necesarios*. Ello exige la prioridad de acometer las transformaciones que materializan el programa de descolonización y democratización *integral* de las estructuras económicas, sociales, políticas y culturales, que es lo que interesa a la inmensa mayoría popular, hoy manipulada y frustrada como masa electora, e irrespetada como protagonista de nuestra historia.

Donde, para cumplir un proyecto democratizador integral es preciso dar respuesta a una situación neocolonial, la agenda socialdemócrata tiene que *cumplir* el requisito de ser *una agenda de liberación nacional*. Ello sólo es posible si es *una agenda*

antimperialista. Sólo así puede tomar *cuero factible* y *creíble* como proyecto socialdemócrata. Cuando esto falta, el discurso socialdemócrata apenas encubre un proyecto demagógico de seducción electoral, que hoy por hoy los hechos y las protestas populares desenmascaran con prontitud.

Esta es la realidad encarada aquí en América Latina; una realidad cada vez más descarnada, obligante e implacable. La socialdemocracia no puede darse por satisfecha con sus pasadas contribuciones a la solución del viejo problema colonial. Ello sería hacer de avestruz frente a la insoslayable cuestión del neocolonialismo --- factor básico en la vida política latinoamericana y en nuestra lucha por la verdadera democracia. La cuestión del antimperialismo es un tema histórico y principista, hoy desterrado de la agenda socialdemócrata. En Europa, ello puede ser signo de la evolución de los tiempos; en América, resulta síntoma de claudicante complicidad (que la potencia hegemónica poco agradece), y de oportunista desinterés por un proyecto más auténticamente democrático --- con abandono del ideario y el programa socialdemócratas -, cuando ello sirve para ganar y retener posiciones burocráticas, aun al precio de pasarse al neoliberalismo.

En una decisión paradójica que hará historia, en junio de 1989, en Kingston, el Comité de la Internacional Socialista *para* América Latina determinó "separar" de su seno al partido socialdemócrata fundado por Omar Torrijos. Tal vez se repitieron algunas de las condicionantes por las cuales el *Grupo de Río* le antecedió: los proponentes *salvaguardaron* sus respectivas ilusiones ante la nueva administración republicana de Estados Unidos. Pero lo más significativo no es esto, sino el hecho de que el Comité sometió el futuro de su decisión *a lo que concluya la OEA sobre Panamá*. Entre quienes lo hicieron, hubo algunos que hace 24 años condenaron la intervención de la OEA en República Dominicana, e incluso alguno que en su tiempo la combatió.

Sintomáticamente, ahora unos y otros pasaron por alto cómo esto podrá afectar el prestigio de la

Internacional ante los antimperialistas latinoamericanos y caribeños. Con ello dejan ver que son otras sus prioridades².

En su época, la Segunda Internacional europea hizo crisis alrededor del tema del imperialismo y de la liberación de los pueblos amenazados u oprimidos. Quienes hoy la continúan, podrían asistir a la repetición de un escenario similar en nuestro continente. En América Latina los partidos de esa orientación ya se encuentran divididos, de hecho, frente a dicha encrucijada, y diversos partidos socialistas o afines se abstienen de sumarse a la Internacional por este motivo.

Pero lo más significativo, en unas y otras latitudes del continente, es que los partidos socialdemócratas que han renunciado al antimperialismo, no sólo van quedando plegados al programa neoliberal, sino que hacen crisis como tales socialdemócratas, e incluso como tales partidos.

De acuerdo con la historia y realidad latinoamericanas, *sólo quienes son antimperialistas podrán edificar la democracia real y cumplir los objetivos socialdemócratas*.

² Esto no pretende "justificar" la condición socialdemócrata del PRD, establecida en el texto de su programa pero aún pendiente de volverse a demostrar en su práctica de Gobierno. De hecho, entre 1983 y 1987 la conducta material del gobierno -- avalada por el PRD- sufrió la misma desnaturalización padecida por el PLN costarricense, la AD venezolana --- y ahora el PNP jamaicano -, al asumir políticas antipopulares y desnacionalizadoras divergentes de los principios de justicia y solidaridad sociales. Lo significativo es que la "separación" del PRD fue reclamada por estos tres partidos, achacándole actos cometidos en rechazo de la intervención imperialista, y no por haber hecho dejación de los postulados socialdemócratas que ellos, a su vez, han abandonado.

Documento del Primer Encuentro Latinoamericano de Editoriales Cristianas

Convocados por la Unión Católica Latinoamericana de Prensa (UCLAP), en conjunto con la OCIC-AL, ÜNDA-AL y WACC-AL-C¹, con el apoyo del Sector Comunicaciones de la CNBB², Editores Cristianos de América Latina nos reunimos en Sao Paulo (Ciudad Regina) durante los días 2 al 5 de agosto de 1989.

1. Nuestras editoriales han nacido de una preocupación cristiana y, muchas veces, de una u otra forma ligadas a una Iglesia; reconocen que su primer objetivo es la evangelización. Como unidades cristianas vivas y actuantes en la Iglesia de América Latina, nos sentimos comprometidos con esa Iglesia y con su opción preferencial por el pueblo y por los pobres.

Para nosotros la evangelización es tarea apremiante, que toca toda la realidad humana (religiosa, social, cultural, económica y política), que recibe de Cristo la posibilidad de realización. Por eso mismo pretendemos ser no solamente evangelizadores, sino también evangelizados, en la medida que recibimos y entregamos valores cristianos que nos vienen de nuestros destinatarios, en un diálogo enriquecedor.

Tenemos conciencia que los medios de que disponemos, pertenecen al pueblo y a la Iglesia, debiendo por eso estar totalmente a su servicio.

Sabemos que no compete solamente a nosotros la tarea de evangelización, ante la cual reconocemos nuestras limitaciones, entre ellas el analfabetismo de

grandes masas y otros condicionamientos que hacen del libro un vehículo elitista de cultura.

Asimismo, queremos asumir nuestra parte en la pastoral liberadora de la Iglesia, posibilitando material para el análisis, para la debida concientización y acción, sin restringirnos a temas estrictamente religiosos o eclesiales, conscientes de la necesidad de atender a un público más amplio que el eclesial. Eso significa asumir el pluralismo y la diversificación en nuestras políticas editoriales.

Estamos conscientes que nuestra actividad editorial no puede dejar de despertar y de enfrentar situaciones conflictivas, incluso dentro de la Iglesia. Queremos que nuestra actitud sea de fidelidad, pero también de claridad, coherencia y coraje en un diálogo creador. Para eso reivindicamos la libertad cristiana.

2. Nuestras Editoras Cristianas, conscientes de su inserción en la realidad latinoamericana, quieren asumir plenamente esa realidad en la solidaridad con nuestro pueblo, con sus riquezas y carencias, sus conflictos y sus luchas por la liberación integral.

Reconocemos nuestra tarea como importante en una situación de crisis generalizada, para ayudar a transformarla en favor de un crecimiento plenamente cristiano.

Por eso vemos como nuestra obligación dar prioridad a los temas y a los autores latinoamericanos. Vemos también la necesidad de llevar a los otros continentes nuestras angustias y los frutos de nuestro pensamiento.

No queremos detenemos en el análisis y en la acción sobre el presente, sino ayudar a la preparación del futuro de América Latina en plena vivencia y comprensión de los valores emergentes.

3. Las Editoras Cristianas reconocen la necesidad de asumir su identidad como empresas, de participar en las organizaciones e iniciativas del mundo editorial, de respetar plenamente la legislación laboral y los derechos de propiedad intelectual, de dar un trato justo a los autores y, aún más, de darles todo el apoyo debido.

¹ OCIC-AL: Organización Católica Internacional del Cinc y del Audiovisual, América Latina.

UNDA-AL: Asociación Católica Latinoamericana para la Radio, la Televisión y los Medios Afines.
WACC-AL-C: World Association for Christian Communication - América Latina-Caribe.

² CNBB: Conferencia Nacional de Obispos del Brasil.

Vemos igualmente importante hacer esfuerzos para obtener la máxima eficiencia posible, tanto en la transmisión del mensaje como en cuanto a la solidez empresarial, aprovechando al máximo los medios de que disponemos. Garantizar la sobrevivencia económica y empresarial será para nosotros condición indispensable para nuestra libertad de acción.

Para enfrentar los diversos desafíos, también los intra e intereclesiales, debemos desarrollar la unión entre nosotros, principalmente ante las presiones indebidas contra nuestra libertad.

Para incrementar nuestra unión, proponemos algunas iniciativas conjuntas:

- a) Periódicamente será enviado un INFORMATIVO a las Editoras presentes en este encuentro, con informaciones sobre los proyectos de publicaciones, nuevos autores, traducciones e informaciones técnicas.
- b) Entre las mismas editoras se establece el compromiso de facilitar la compra --- venta de derechos de autor.
- c) Se decidió la continuación de los contactos para un Segundo Encuentro Latinoamericano a ser convocado por la UCLAP y la WACC-AL-C, en fecha y lugar que serán posteriormente establecidos.
- d) Se hace un llamado a los autores latinoamericanos para que privilegien las editoras del continente, las que a su vez, se comprometen a mejorar sus canales de distribución.
- e) En las publicaciones referidas al paso del milenio y a los 500 años de la llegada del cristianismo a América Latina, nos proponemos evitar todo triunfalismo; promover y repensar críticamente nuestra presencia cristiana en el continente; reafirmar el compromiso con las esperanzas de nuestros pueblos; rescatar la memoria, la cultura y la identidad de los pueblos autóctonos.

Sao Paulo, Brasil, 5 de agosto de 1989
ÜCLAP ----- América Latina
WACC - América Latina ----- Caribe
Ediciones Paulinas ----- Argentina
(hermanas)

Librería San Pablo ----- Argentina
(hermanos)
Editorial Bonum ----- Argentina
Editorial Ciudad Nueva --- Argentina
Ediciones Paulinas ----- Brasil (hermanas)
Editora Cidade Nova ----- Brasil
Ediciones Paulinas ----- Brasil
(hermanos)
Editora Vozes ----- Brasil
Editora Salesiana ----- Brasil
Ediciones Loyola ----- Brasil
Editora FTD ----- Brasil
Editora Santuario ----- Brasil
Editora Ave María ----- Brasil
Editora Imprensa Metodista - Brasil
Editora Sinodal ----- Brasil
Indo-American Press Service - Colombia
Revista Javeriana ----- Colombia
Editorial DEI ----- Costa Rica
Ediciones Rehue ----- Chile
Editorial Salesiana ----- Chile
Ediciones Abya-Yala ----- Ecuador
Ediciones Paulinas ----- Ecuador
Centro de Estudios y Publicaciones - Perú